
famosos
9
GARBO
"MONSTERS"
del CINE

Famosos MONSTERS del CINE

Varios Autores

Editoriales
Editorial Garbo 1975
Hispano Americana 1947
NORMA Editorial, S.A.2005
Editorial Novaro 1979
Edival, S. A. 1975

*

Esta Edición 2011



Selección de relatos aparecidos en varias publicaciones de varias editoriales, aunque se ha mantenido el título de Famosos MONSTERS del CINE, también podemos encontrar relatos publicados en S.O.S., El libro de las Brujas, El libro de las casas encantadas, Leyendas de América y Amok.

Contenido

EL FANTASMA DEL AHORCADO - PETER KAPRA
MUÑECO DE NIEVE - LUIS VIGIL
KABEO KANAK - L. SIMS
CLAUSTROFOBIA - MANUEL DOMINGUEZ
OTOÑO DEL 42 - MANUEL DOMINGUEZ
SUEÑOS - MANUEL DOMINGUEZ
DENTRO DE MI ATAUD - MANUEL DOMINGUEZ
LOS HOMBRES JUSTOS - DESCONOCIDO
LA MADRE DE LOS SAPOS - CLARK ASHTON SMITH
LA ABADÍA DE THURNLEY - PERCEVAL LANDON
HUYENDO - DAMIÁN TRÉSEL
YO FUI ASESINADO POR TU - RIVELLPRAT
LA CASA ENCANTADA - DESCONOCIDO

INDICE

EL FANTASMA DEL AHORCADO 5
MUÑECO DE NIEVE 10
KABEO KANAK 14
CLAUSTROFOBIA 20
OTOÑO DEL 42 24
SUEÑOS 29
DENTRO DE MI ATAUD 34
Los Hombres Justos 39
LA MADRE DE LOS SAPOS 51
La abadía de Thurnley 60
Huyendo 72
YO FUI ASESINADO POR TU 75
LA CASA ENCANTADA 81

EL FANTASMA DEL AHORCADO

Peter KAPRA

Famosos MONSTERS del CINE Nº 1, 1975



El juez pronunció la sentencia: ¡Jack Fiztgerald Holmes debía ser ahorcado, en la prisión de Workinghamshire, el día 12 de febrero de 1856, hasta que muriera! El juicio que mantuvo en vilo durante meses a la tranquila comunidad rural había terminado. El verdugo ejecutaría la orden de la ley. Jack F. Holmes, un hombre robusto, labrador, fio y pendenciero, había sido acusado de la muerde su mujer, Mary Holmes, a la que destrozó la cabeza con un hacha. Pero el infeliz, desde el primer día, siempre gritó su inocencia:

— ¡Yo no la he matado! ¡Busquen al culpable! ¡Soy inocente!

Fue el propio Jack quien encontró el cadáver de mujer, en un rincón de la revuelta cocina, hondamente mutilado, cuando regresó aquel día de s labores agrícolas. Como enloquecido, salió a calle gritando y provocando el mayor alboroto de la historia del pueblo.

Aquella misma noche, el hombre fue detenido por el alguacil. La acusación se la hicieron más tarde, ante el "coroner", un hombre rudo y despiadado. Tenía un testigo importante y serio: el señor Hornwurst, honrado comerciante de la localidad, que había pasado ante la casa de los Holmes y oyó un grito proferido por la señora Holmes, al ser atacada por su marido.

También se supo que el matrimonio había discutido por la mañana, antes de marchar él al campo. Y otro individuo declaró que Jack Holmes había bebido mucho aquel día, y que profirió palabras amenazadoras. Todos los testigos parecían ser personas serias. La ley no podía equivocarse.

Así, el día 12 de febrero, Jack F. Holmes, profiriendo juramentos de inocencia, subió al cadalso y, con el capuchón negro sobre la cabeza y la soga al cuello, murió ahorcado al abrirse la trampilla de madera bajo sus pies.

— ¡Soy inocen...! — fueron las últimas palabras que pronunció. La muerte selló violentamente sus labios, sin dejarle terminar la frase.

Aquel mismo día, sus restos fueron inhumados fuera de los muros del cementerio local, como era costumbre hacer con los ajusticiados, Un hoyo y una caja de madera, pintada de

negro. Nadie rezó por él. No tenía hijos, ni parientes. Era un asesino que se había casado con Mary para tener un techo, sin importarle lo que hubiera sido su esposa.

Un borracho del pueblo, que había permanecido algún tiempo encerrado en la celda contigua a la de Jack F. Holmes, contaría después, en la taberna, a todo el que quiso escucharle:

—Holmes me dijo que volvería del otro mundo a castigar al verdadero culpable... ¡Me lo juró por la salvación de su alma!

—¿Y crees que volverá? — pregunto otro, riendo.

El borracho muy serio respondió:

—Sí, lo hará. Donde está Holmes ahora, se sabe todo. Ya conoce la verdad. Por esto sé que, la noche que menos lo esperemos, aparecerá, buscará a verdadero asesino y le dará muerte con sus propias manos.

Hubieron más risotadas entre los reunidos. El tabernero se jactó:

—Las manos de los fantasmas no pueden hacer daño a los vivos. Vete a dormir la borrachera. Loomy. A nadie interesa lo que te dijo aquel monstruo de Holmes, antes de ser ahorcado.



Sin embargo, aquella misma noche, en la alcoba donde dormía Lionel Hornwurst, tuvo ligar un suceso sobrenatural y fantasmagórico. El comercian te dormía, después de haber atrancado puertas; ventanas; tenía miedo, a pesar de no creer en apariciones, porque su conciencia estaba manchada de sangre.

¡Había sido el quien mato a Mary con el hacha!

Ella había sido amante de Hornwurst, y de otros individuos del pueblo, antes de casarse con Jack F. Holmes. Pero después que se casó con él, no quería saber nada con los otros. Y la causa de su muerte fue el desprecio insolente que hizo al comerciante, cuando Mary fue a comprar provisiones al almacén. Estaban solos. Él quiso recordar otros tiempos y e11a se negó, diciéndole que ya no le necesitaba. Entonces Lionel enfurecido fue a buscarla al anochecer, discutiendo de nuevo en la cocina de ella, donde la mató.

— ¡Despierta, Hornwurst! — habló una voz, en la oscuridad de la alcoba.

El comerciante se sobresaltó, abriendo los ojos e incorporándose. ¡Y cuál no sería su horror al ver ante sí una silueta espectral, fosforescente, que tenía el cuello ladeado y una mirada horrible!

— ¡Tú mataste a Mary!— acusó el fantasma — ¡Quiero que pagues tu crimen!

—¡No, no...! ¡Vete, vete! — chilló Hornwurst, saltando del lecho y encendiendo una bujía.

Al desvanecerse la oscuridad, el fantasma del ahorcado desapareció también. No obstante, en la conciencia de Lionel Hornwurst se aposentó el mielo y ya no fue capaz de dormir aquella noche, dedicándola íntegra a pasear arriba y abajo, siempre con la bujía en la mano y armado de un pistolón le los tiempos de Morgan. A la noche siguiente, ti fantasma de Jack F. Holmes se apareció de nuevo a Hornwurst, el cual se agitaba en el lecho, víctima del propio remordimiento.

—Entrégate a la justicia — le ordenó el fantasma —. Confiesa la verdad.

—¡No! —gritó el homicida, aterrado — ¡Vete! ¡Déjame en paz! —Si no lo haces, morirás como murió Mary. Al día siguiente, Lionel Hornwurst no abrió su almacén. Muy de mañana, llevando consigo un maletín con sus ahorros y un poco de ropa, se marchaba de Workinghamshire, montado a caballo, con rumbo desconocido.

"Mistress" Boyle, dueña de una casa de huéspedes de Green Alley, Soho, Londres, avisó a los oficiales del puesto de policía.

—El señor Hornwurst no contesta a mis llamadas.

Está encerrado en su habitación, desde hace unos días, sin salir ni siquiera a comer. Ayer hizo que le llevásemos la comida a su cuarto. Anoche no contestó, ni esta mañana. Temo que le haya ocurrido algo... ¡Es un hombre muy extraño!

La policía envió a dos funcionarios a casa de la señora Boyle. Después de llamar repetidas veces a la puerta del extraño huésped, y comprobando que no existía modo alguno para entrar en la habitación, dado que hasta la ventana estaba herméticamente cerrada, decidieron forzar la puerta.

En su interior, sobre el lecho revuelto, yacía el cadáver de Mr. Hornwurst, ¡horriblemente mutilado a golpes de hacha! La sangre lo cubría todo. Incluso las paredes. Era un espectáculo impresionante, siniestro, terrible...

Los agentes, hombres duros y habituados a la violencia, no pudieron por menos que estremecerse ante el horror del cuadro. Pero, más tarde, cuando examinaron detenidamente el lugar, habrían de quedar Sorprendidos y confusos, puesto que en la habitación no hallaron el amia del crimen, ni nada que hubiera sido capaz de infringir al difunto sus trágicas heridas.

Averiguaron, además, que nadie había podido entrar ni salir de la habitación, porque la puerta y la ventana estaban cerradas por dentro con postigos. La policía hubo de romper la cerradura para penetrar en la alcoba.

¿Cómo se cometió el horrendo crimen?

— ¡Es imposible! —exclamaría después, el superintendente —. No hay arma homicida, no falta nada de la habitación, pues hasta el dinero del muerto estaba en su maletín... ¿Qué es lo que ha ocurrido? ¿Es obra de un espectro?

Nadie pudo responder a esto. El enigma era grande, y la policía no podía atribuir, en buena lógica, que la muerte fuese debida a un espectro, como en los cuentos de brujas.

Sin embargo, cuando se averiguó quien era Lionel Hornwurst, de donde procedía y lo que había ocurrido meses atrás, se ataron cabos y se hicieron deducciones más sutiles. Entonces, la policía empezó a considerar nuevamente los hechos. Hornwurst había muerto exactamente

igual que Mary Holmes, pero nadie parecía ser el autor material de su muerte. Y, sin embargo, su huida de la localidad donde ahorcaron a Jack F. Holmes, su testimonio en el juicio, los comentarios del borrachín Loomy acerca del espectro del ahorcado, y otros indicios más, parecían señalar el caso como algo sobrenatural, aunque esto pareciera increíble.

— ¡Los fantasmas no pueden matar con hachas fantasmas! — habría de exclamar el superintendente, que continuaba obstinado en no creer el sorprendente relato de sus agentes —. A ver, ¿dónde está el hacha con la que mataron a Mary Holmes?

Vamos a suponer, a falta de otro argumento mejor que el fantasma existe y que se ha vengado de Hornwurst, utilizando la misma arma homicida con que mataron a su esposa.

El hacha había quedado en Workinghamshire después del juicio de Jack Holmes. Era una prueba del delito. Estaba guardada en un armario del juzgado. Se fue a buscarla... ¡pero no se encontró!

—Yo la dejé ahí — declaró, trémulo, el secretaria mirando atónito al interior del armario, donde habían numerosos objetos —.Nadie podía tocar aquí ¡Estaba siempre cerrado con llave!

Y, sin embargo, el hacha había desaparecido. Solo cabía una explicación: el fantasma del ahorcado se llevó el hacha a Londres, mató con ella a Lionel Hornwurst y... ¿qué hizo después con el hacha?



Nadie lo ha sabido jamás. Sin embargo, los campesinos de Workinghamshire, y algunos borrachos como Loomy, aseguran haber visto el espectro d ahorcado, paseando por los bosques próximos lugar... ¡y llevaba sobre el hombro un hacha teñida en sangre!

En realidad, la policía jamás pudo averiguar quién mató a Mr. Hornwurst, ni por qué cerró el almacén y huyó a Londres, donde halló la muerte en el interior de la habitación cerrada de una casa de huéspedes.

La explicación, por extraño que parezca, sólo puede hallarse en el terreno de lo sobrenatural, de lo esotérico, insólito, misterioso y paranormal. Co los conocimientos actuales de los fenómenos meta—psíquicos poco o nada se puede explicar.

La muerte, empero, guarda secretos muy extraños que pertenecen a su único y exclusivo domino y en los que la lógica no puede penetrar.

MUÑECO DE NIEVE

Relato Original de: LUIS VIGIL
Ilustrado por: RAMON TORRENTS

Famosos MONSTERS del CINE Nº 2, 1975



Carlitos jugaba con la nieve del patio de atrás de casa. Había nevado mucho, y Carlitos estaba haciendo un muñeco de nieve. Un bonito muñeco de nieve, que representaba a Laura, su madrastra.

Carlitos era un niño poco dotado por la naturaleza, de los que, piadosamente, la sociedad llama minusválidos. Al nacer, no había recibido la dosis mínima de inteligencia que habían recibido los otros bebés. Y Carlitos nunca había sido como los demás.

Ahora, a los doce años, su comportamiento era aún el de un niño muy pequeño. Pero a él eso no importaba... le dejaban siempre jugando, y eso gustaba. Los chicos de su edad iban a la escuela, pero Carlitos no. El, siempre jugaba: en primavera con las flores, en verano con el agua de la piscina en otoño con las hojas secas y en invierno... con la nieve.

Lo único que le molestaba a Carlitos era su madrastra, Laura. Ella le hacía daño muchas veces cuando le pegaba por alguna cosa que no le había gustado, de las que hacia Carlitos en sus juegos.

Tenía muy mal genio.

Siempre estaba gritando. Y le gritaba a papá:

— ¡Ese niño es un monstruo! ¡Tendríamos que meterlo en un asilo! ¿Para qué quieres tenerlo con nosotros, si ni siquiera sabe cómo comportarse? ¡No me deja vivir en paz!

Carlitos no sabía de qué niño hablaban. Allí no había ningún monstruo, como los que veía en la tele. Sólo estaba él...

La tele era el mejor de los juguetes de Carlitos. Se pasaba las horas, si le dejaban, embobado frente a la pequeña pantalla, viendo desfilar las imágenes por aquel rectángulo mágico. Sobre todo cuando pasaban películas de terror.

Esas sí que le gustaban. Las películas en las que salían larvas viscosas que se comían a la gente; o las otras en que unos señores tan altos como papá, pero con dientes más largos, se convertían en pajaritos negros y chupaban la sangre a señoras parecidas a su madrastra, pero de mejor humor.

A Carlitos le chiflaban las películas de terror. Y, luego, en sus juegos, trataba de revivir lo que había visto en la tele. Así, unas veces Carlitos correteaba, imitando al vampiro y clavando unos hipotéticos colmillos en el árbol del patio, y otras se arrastraba por el césped, tragándose soldaditos de plástico, en imitación de la larva viscosa gigante. Aunque Carlitos siempre acababa por escupir los soldaditos, pues no había quien se los comiese.

Pero, a veces, Laura le apagaba la tele.

— ¡Este niño se pasa todo el día embobado ahí, gastando electricidad! ¡Es un monstruo! ¿Por qué no lo metes...?

Y así repetía la cantinela de siempre. En esos casos, sobre todo si le había apagado el televisor en medio de alguna película de terror, Carlitos se iba muy molesto a su cuarto, a esconderse detrás de la puerta.

Tenía miedo de que el niño monstruo del que siempre hablaba Laura viniera a hacerle daño, a comérselo.

No obstante, a la primera ocasión ya volvía a estar delante de la pantalla, sobre todo si hacían alguna película de terror. Y había un canal por el que cada noche pasaban una. Carlitos lo ponía y miraba con ansia a las imágenes, como tratando de captar lo más posible, antes de que llegase Laura a apagar el aparato.

Ahora, Carlitos jugaba con la nieve. Estaba haciendo una estatua. Un muñeco de hielo que se parecía mucho a Laura.

Era invierno y las primeras nevadas habían dejado una capa de casi medio metro en el patio de atrás de la casa de Carlitos. Este se había apresurado a salir, bien abrigado, para jugar con la nieve. La noche anterior, Laura le había dicho que podía hacer lo que quisiera con la nieve del patio.

— ¡Sí, sí, sí... puedes jugar con la nieve como quieras y todo el tiempo que te parezca! ¡Uff, que pesadez de niño! ¡A ver si agarra una pulmonía y se muere, dejándome en paz!

Carlitos suponía que ese niño tan pesado sería el mismo niño—monstruo del que hablaba tanto Laura. Se lo imaginó por un momento como un niño muy, muy gordo y muy, muy pesado. Pero se olvidó de ello en cuanto salió a la nieve. Y jugó hasta hartarse.

Por la noche, daban una película de terror en aquel canal de la tele. Laura estaba muy contenta, y no se la apagaban, así que Carlitos se dedicó a contemplarla. Se llamaba. "El baile de los vampiros".

Laura había abierto el armario en que papá guardaba las botellas de licores y estaba bebiéndose una, de una cosa a la que llamaban chinchón, o algo así A Carlitos no le dejaban beber licores, así que aquello no le importaba. Lo que a él le gustaba era jugar y ver las películas de terror que daban en aquel canal de la tele.

Papá no estaba, a veces se tenía que marchar de viaje. Cosas del trabajo, decía; y al volver siempre le traía algún juguete a Carlitos. Por eso, le gustaba que papá se fuera de viaje. Pero quería que volviese en seguida, pues sino Laura acababa por hacerle daño. Una de las veces

en que papá había estado lejos, Laura se había bebido una botella de chinchón, y le había dado una tremenda azotaina a Carlitos, que estaba tan tranquilo viendo una película de terror, sin meterse con nadie.

Lo que a Carlitos le hubiera gustado es que papá se hubiera ido muchas veces, pero que volviese en cuanto se marchaba. Vamos, que estuviese fuera el tiempo justo para comprarle un juguete.



Carlitos miraba la película, pero con el rabillo del ojo iba vigilando a Laura, que ya andaba por más de la mitad de la botella. Carlitos tenía miedo de que le pegase, o le apagase la tele. Y aquella película le estaba gustando mucho, pues pasaban cosas muy graciosas.

Laura se levantó. ¿Iría a apagarle la tele? Carlitos se acurrucó junto a la pantalla...

Pero no, iba a la cocina. Iba a sacar la basura. Carlitos siguió murando la película. En la pantalla, un hombre se quedaba fuera de una casa. Era invierno, como donde estaba Carlitos, todo estaba nevado y también era de noche. Luego, al señor lo encontraban por la mañana helado, muy rígido, como esas cosas que había en el parque... eso a lo que llamaban...

— ¡Lo que ha de soportar una!— gemía Laura, medio borracha — ¡Y con ese niño monstruo! ¡Merecería que me hiciesen una estatua!

Carlitos no era malo. Y, aunque Laura le apagaba la tele y a veces le pegaba, Carlitos no le tenía manía... incluso a veces le hacía las cosas que pedía: "Vete", "Desaparece", "No molestes"...

También ahora iba a poder cumplir su deseo, pues había visto como, en la película. Lo hizo. Luego cerró la puerta del patio de atrás, y volvió a ver la película...

Por la mañana salió a jugar con la nieve. Iba a hacer un muñeco, a hacerle a Laura la estatua que había sido fácil y le estaba quedando muy parecida. A papá le gustaría cuando regresase, seguro.

Ni siquiera se veía la mancha roja que había salido en el lugar del golpe que le había dado a Laura para que se quedase fuera durante toda la noche. Ella no quería quedarse, y Carlitos no sabía otro método para hacer estatuas... en la tele sólo habían enseñado ese. Pero Carlitos había limpiado muy bien la sangre, a la mañana siguiente, antes de empezar a cubrir a Laura con nieve, para hacer la estatua.

Sólo que más valdría que papá volviese pronto. Le traería un juguete... y el sol no habría fundido la nieve, y podría ver la estatua que le había hecho a Laura. Si no... Sólo vería a Laura, muy quieta, tendida en el patio de atrás de la casa de Carlitos.



KABEO KANAK

L. Sims

Famosos MONSTERS del CINE Nº 3, 1975



La última vez que vi a Leo Cassell fue en el arruinado y polvoriento club de Ramangoree, en Bengala. Entonces parecía ser la viva imagen de la vitalidad y el optimismo, y a fe mía que se necesitaba mucho temple para no desesperarse o terminar borracho en Ramangoree, donde vivíamos asediados por los insectos, las fiebres y un calor propio de las calderas del infierno.

Leo Cassell era neozelandés y, según afirmaba, estudió ingeniería agrícola en Wellington. Nadie lo creía, pero todos estábamos de acuerdo en que era un muchacho estupendo y que sabía mucho en su oficio. Más tarde encontró un buen empleo en las Indias Orientales holandesas y nos dejó. Muchas veces, desde el sofocante Ramangoree, estuve tentado de escribirle pidiéndole un empleo, pero la pereza me lo impidió. Más tarde la fortuna me facilitó un magnífico puesto en una compañía petrolífera de la isla de Java y allí empecé a trabajar, muy interesado por cuanto podía ver.

Cierta noche en que avanzaba por una carretera fangosa, mientras la lluvia hacía esfuerzos frenéticos por ahogarme, mi automóvil manifestó su firme intención de detenerse y todos sus caballos se declararon en huelga dejándome allí expuesto a la furia de los elementos, protegido tan sólo por una pequeña capota de hule.

Una luz en la lejanía y el rumor de una conversación me infundieron nuevas esperanzas y corrí hacia allí, dando gritos en demanda de ayuda.

Dos o tres javaneses de piel que parecía aceitosa, mientras la lluvia resbalaba por ella, acudieron a mi encuentro y yo hice uso de mis menguados conocimientos de sus dialectos para explicarles cuál era mi situación. Al parecer, ninguno de ellos sabía una palabra de mecánica, pero cuando, por gestos, les indiqué la conveniencia de beber unas copas, inclinaron las cabezas sonriendo y me acompañaron a una cantina donde descubrí a un chino melifluo y amable que antes de oírme, sacó una hermosa botella de «whisky».

Gracias a él me enteré de que aquello era una explotación cauchera, perteneciente a una compañía de Batavia, y cuando pregunté por nombre del jefe de aquel campamento, tuve una agradable sorpresa al saber que se trataba nuestro Leo Cassell.

—Me gustaría saludarlo, somos antiguos amigos — dije al chino.

—¿De veras? — preguntó el oriental —. Pero no creo que quiera recibirlo.

—¿Por qué no? — pregunté sorprendido.

—Está algo enfermo. De noche no abre puerta a nadie. Mañana temprano...

—No, no — insistí —, debo verlo ahora mismo. Somos grandes amigos.

El chino se encogió de hombros y llamó a coolie para que me acompañase. Y protegiéndome lo mejor posible de la lluvia gracias a impermeable, eché a andar por un sendero flanqueado por altos y negros árboles. A cierta distancia mi guía se detuvo y me señaló un bungalow de bambú, pronunciando al mismo tiempo algunas frases, entre las que distinguí el nombre de «Tuan», es decir, señor. Me extrañó que no me acompañara hasta la casa, pero se, adelante, pues me constaba que, para los indígenas, la selva por la noche se convierte en club o punto de reunión de una serie de alegres diablos o fantasmas que gustan de distraerse con los hombres o, mejor dicho, en hacer víctimas de sus peligrosas bromas.

Llamé fuertemente a la puerta y esperé, algunos rumores en el interior y una voz ronca preguntó:

—¿Quién eres? No entres, porque voy a matarte.

—Un poco de excitación alcohólica — pensé. Luego añadí en voz bastante alta—: ¡Eh, Cassell, no seas idiota, hombre! Soy Morgan, buen amigo Morgan, de Ramangoree. ¿Te acuerdas de mí?

— ¡Santo Dios, Morgan! — exclamó Cassell.

Extendió una mano y, cuando me disponía a estrechársela, él me la cogió para arrastrarme al interior de la Casa, Luego cerro la puertas, la atranco y apoyó la espalda en ella, como temeroso de que alguien me siguiera. —¿Cómo estás? — pregunté algo molesto por aquella acogida.

—Bien... todo lo bien que se puede estar en el infierno — me respondió Leo Cassell. Sentada en un sofá de juncos, había una mucha indígena muy linda y morena, que sólo tía una corta falda de colores vivos y un par de perlas tan grandes como falsas. Su cabello negrísimo estaba peinado hacia atrás y en el brillaban algunas flores. La jovencita me dirigió una sonrisa y se puso en pie. Yo me quedé fascinado, porque nunca en mi vida vi cosa más bella, pero Cassell interrumpió mi admiración tosiendo secamente:

—Vete, Lenae.

—Bien, «Tuan» — dijo ella, inclinando la cabeza antes de salir.

—¡Caramba, Leo! —exclamé, intentando mostrarme jovial—. Sigues teniendo éxito con las mujeres, ¿verdad?

—¿Te refieres a Lenae? — preguntó él tomando asiento ante una mesa de madera blanca—. Vamos, siéntate y tomaremos unas copas. No sabes cuánto te agradezco tu visita. Háblame ti.

Y en tanto que él tomaba unos vasos y una botella de licor, yo le di cuenta de cuáles fueron los trabajos durante los últimos años. Mientras hablaba pude fiarme en mi amigo y me sor—prendió la transformación que se había operado en su semblante y en su figura desde la última vez que lo viera. Ya no brillaba su perenne sonrisa en los labios y sus ojos estaban rodeados círculos amoratados Las mejillas tendían a caer y su barba mal afeitada contribuía a envejecerlo. Sus fuertes manos temblaban y su cuerpo se inclinaba hacia adelante. Recordé

que no tendría más de treinta y cinco años, y, Una vez terminada mi narración, le dije con acento algo severo:

—Debes dejar la bebida, Leo. Estás arruinando tu salud.

—Si no bebiese, ya me habría suicidado —me contestó él —. No sabes cuál es mi vida en esta maldita selva, cuidando de unos árboles horribles y enfermizos e intentado mantener el orden entre una gente supersticiosa y llena de pereza.

—El clima es mejor que en Ramangoree, ¿no?

—No me refiero a eso, sino a los seres que viven en la selva con el único deseo de fastidiarnos.

—Bebes demasiado — dije, sintiéndome inquieto.

—¿Puedes imaginarte siquiera lo que significa no estar solo jamás? ¿Verse acompañado por una sombra, invisible para ti y no para los demás?

—Espero que no estarás bromeando, porque no estás sólo conmigo.

—A veces no es visible.

—Bueno, habla en serio. ¿Qué te sucede?

Leo Cassell volvió a beber y por fin dijo:

—Dame un cigarrillo. Gracias. Tal vez no quieras creerme, pero voy a decirte la pura verdad. La compañía me envió aquí para abrir un claro en el bosque y plantar «heveas brasiliensis», puesto que el terreno era el más indicado.

Muy satisfecho, me traje una buena cuadrilla nativos, chinos, mestizos, unas cuantas botellas y dos aparatos topográficos, y empecé a trabajar, desbrozando el terreno. Pero todo marchaba bien hasta que encontremos a Kabeo Kanak.

—¿Quién era? —lo interrumpí—. ¿Un jefe rebelde o algo por el estilo?

—Peor aún, un diablo. La efigie en madera de teca de un horrible y sonriente diablo. Se hallaba en un claro del bosque, sobre un pedestal de madera hincado fuertemente en el suelo. Yo anuncié mi intención de sacarlo de allí para llevarlo a mi casa y entregarlo más tarde a un museo, pero entonces empezaron a suceder cosas desagradables entre los nativos. Estoy seguro de que si hubiese anunciado mi intención de degollar ante ellos a mis padres no se hubieran indignado y atemorizado tanto. Los coolies aseguraron por las cenizas de sus antepasados que ellos no se atrevían a luchar contra Kabeo Kanak, el dios del bosque. Los indígenas se echaron a llorar, diciendo que habíamos pecado destruyendo el bosque, y los mestizos optaron por entregarse a la bebida. Resultado: todo quedó paralizado y mi empleo en peligro de ser anulado por mis jefes. Tú sabes bien, Morgan, que cuando uno se ve ante un dificultad de este tipo, lo único que puede hacer es valerse de la astucia o de la violencia. Yo elegí esta última y reuní a todos mis peones alrededor del horrible y pequeño ídolo. Les ordené que tomaran asiento, pues deseaba demostrarles que esas imágenes salvajes tienen muy poco poder contra el hombre blanco. Y mientras ellos gritaban de terror, saqué mi revólver y lo descargué sobre el ídolo, convirtiéndolo en una criba. Luego le prendí fuego cosa que no me costó mucho, pues la madera era ya vieja y estaba muy seca. Gracias a eso volvieron al trabajo, pero, a partir de aquel momento, todos me rehúyen. Los trabajadores escuchan mis órdenes sin atreverse a mirarme y uno de mis *boys* me confesó, antes de abandonarme, que cuando destruí la imagen, el espíritu del ídolo se situó a mi lado y que aquí continúa. Debe de ser cierto porque, a veces, creo oír su respiración y su risa, que me eriza los cabellos. Cuando voy por el campamento o por la explotación forestal percibo las palabras «Kabeo Kanak. Kabeo Kanak ». Todos lo murmuran aterrorizados, mirándome con

espanto, como si yo mismo fuese un diablo. Algo he conseguido gracias a Kabeo Kanak —siguió diciendo Cassell con la sombra de una sonrisa en sus pálidos labios—. A partir de entonces, todos me respetan y ni uno solo se atreve a discutir o desobedecer mis órdenes.

—¿Y Lenae? —pregunté—. ¿No tiene miedo?

—Mucho, y desea protegerme. Asegura que cuando está a mi lado, Kabeo Kanak huye. Y ella teme dejarme solo. Está convencida de que ese diablo acabará matándome.

— ¡Tonterías! —exclamé, disgustado—. Te convienen unas vacaciones en Europa o en otro clima...

—Es inútil — respondió Cassell meneando desalentado la cabeza—. Ahora mismo...

—¿Qué? — pregunté, mirando sus ojos enrojecidos.

—No sé. A veces creo ver una sombra, oír una risa que me hiela la sangre en las venas...

Se ocultó el rostro entre las manos y, en vista de que no añadía nada más, le recomendé que se acostara.

Así lo hizo y me ofreció la cama que había junto a la suya.

—Si quieres cenar —me dijo—, Lenae se encargara de servírtela.

—No, gracias. Estoy muy fatigado. ¿Y dónde está esa joven?

—Supongo que se habrá ido a su casa —respondió Cassell bostezando mientras se tendía en pijama sobre el lecho—. Bueno, amigo Morgan, perdóname que te haya molestado con mi tonta historia. Sin duda, todo se debe a la fiebre, ¿no te parece?

—Sí, eso debe de ser — respondí poco convencido, porque, efectivamente, mi amigo parecía estar asustado—. Buenas noches. Mañana hablaremos.

—Buenas noches, Morgan — respondió Cassell—. Lenae estará muy disgustada por haberla alejado de aquí. Ella cree que puede protegerme.

—Es una buena muchacha...

—Sí, muy buena.

Ya no dijo nada más y yo procuré alejar todas mis preocupaciones. Y, antes de dormirse, oí la respiración regular y profunda de mi amigo, que dormía apaciblemente.

Soñaba que un pesado elefante de piedra se había instalado sobre mi pecho y desperté con la respiración entrecortada, sintiendo una gran molestia. Oí el ruido de la lluvia que batía contra las paredes del bungalow y un rayo de luz del quinqué del comedor que había quedado encendido, me reveló la causa de mi molestia.

Sobre mi pecho había un pesado ídolo de madera oscura. Su perfil, recortado sobre el fondo luminoso de la puerta, me dejó ver una nariz aplastada, una boca que sonreía mostrando unos dientes afilados y unos ojos prominentes.

—Es una broma de Cassell —me dije medio despierto—. No tienen ninguna gracia.

Quise sacar las manos de debajo de la sábana, pero no lo conseguí, pues se negaron a obedecerme, como si alguien hubiera atado mis brazos al troncó. Estaba inmóvil, paralizado, y el horrible ídolo pesaba cada vez más. ¿Qué diablo significaba aquello? ¿Acaso era una pesadilla?

Entonces empezaron a suceder cosas raras. La figura de aquel ídolo que descansaba sobre mi pecho sonrió burlonamente y su cuerpo rechoncho y desproporcionado se balanceó adelante y atrás, como si no pudiera dominar su alegría.

Al mismo tiempo, una figura muy vaga y horrible se acercó a la cama de mi amigo. Pude verlo con el rabillo del ojo y no me fue posible gritar porque la voz murió en mi garganta.

Era un ser alto, amarillo, verdoso, cubierto de musgo, de lianas y de barro de pantano. No pude adivinar si se trataba de un fantasma o de un hombre disfrazado y aun a veces me pareció que era simplemente un trozo de madera cubierto de plantas. Lo único que tenía vida en «aquello» eran unos ojos fosforescentes, propios de un felino.

Y mientras el ídolo se reía silenciosamente, el fantasma, parecido a un hombre ahogado en un pantano se acercó a Leo Cassell.

Este despertó entonces, en el momento en el que el fantasma se inclinaba hacia él con los brazos extendidos.

Se oyó un grito de horror y Leo Cassell grito con voz ahogada:

— ¡Lenae, Lenae!

Yo me debatí, sintiendo que la sangre se precipitaba hacia mi cerebro, para librarme, pero no pude hacer nada y, consternado, vi como aquella espantable figura se inclinaba hacia mi amigo y como sus largas y mal dibujadas manos se cerraban en torno de su cuello.

Se oyó un estertor, algunas frases cortadas luego nada. El fantasma, arrastrando los pies despidiendo un intenso olor a cosa muerta putrefacta, se dirigió hacia la puerta, al mismo tiempo que yo recobraba poco a poco el aliento.

El ídolo había desaparecido de repente y me puse en pie tabaleándome, para auxiliar Cassell. Aún podía percibir los extraños pase de su enemigo, pero no tuve el valor suficiente para seguirlo. Me arrodillé al lado de Leo. Estaba muerto. Murió estrangulado y en su garganta se veían las señales amoratadas de diez dedos, así como unos cortes propios de una fiera.

Cuando me puse en pie, descubrí a la muchacha indígena que me contemplaba con los ojos desorbitados mientras se tapaba la boca con ambas manos para contener el grito de terror que pugnaba para salir de sus labios.

—He llegado tarde, «Tuan» —dijo al fin— Los diablos de la selva se han vengado.

—¿Lo has visto, Lenae? — le pregunté.

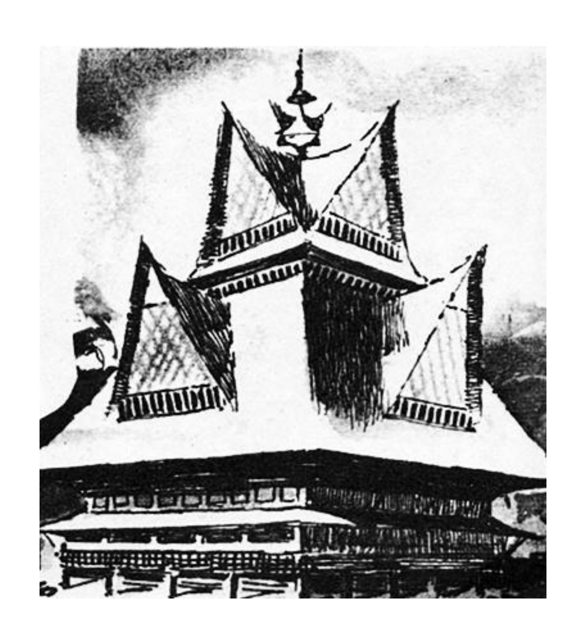
—Sí.

—¿Qué era?

—Los diablos y fantasmas del bosque son espíritus y cuando atacan a los hombres, se construyen un cuerpo con un tronco de madera, musgo, hierbas...

—Parecía un ahogado en los pantanos — murmuré.

—Siempre adoptan un disfraz — dijo ella — ¡Pobre «Tuan»! Hizo mal ofendiendo a Kabeo Kanak, hizo muy mal...



CLAUSTROFOBIA

MANUEL DOMINGUEZ
Ilustrado por: RAFAEL AURALEON

Famosos MONSTERS del CINE Nº 4, 1975



La cueva, ante sus ojos, parece tener un raro poder hipnótico.

La entrada es poco más alta que el tamaño medio de un ser humano. Quizá un metro noventa, o quizá menos...

Pero Juan se siente irresistiblemente empujado a entrar en ella.

Algo, en su interior, grita desesperadamente. Le previene de que no debe traspasar el umbral de piedra. Juan vacila. Da un paso.

Luego otro vacilante, luego otro más seguro... Finalmente, penetra decididamente en el oscuro agujero.

* * *

El interior no es tan oscuro como él temía. Avanza entre un olor dulzón a tierra húmeda. Las paredes, efectivamente, rezuman humedad, minúsculas gotas que resbalan lentamente, como perezosas lagartijas, roca abajo, hasta ser absorbidas por la tierra que tapiza el suelo de la cueva.

El pasillo se alarga, entre curvas suaves. Juan nota que sus cabellos rozan algo. Es el techo de la cueva. Parece como si el techo estuviera cada vez más bajo. Quizá el pasillo se estrecha paulatinamente a medida que se prolonga...

Esa sola idea basta para atenazarle el corazón. Su corazón, débil y enfermizo de por sí... un corazón aprensivo que no resiste la idea de cuatro paredes cerradas...

¡CLAUSTROFOBIA!

Y en ella se refleja todo su temor. Un temor formado por una parte de morboso placer, que le empuja a seguir adelante por el corredor de piedra a sabiendas de que las paredes son cada vez más estrechas y el techo y el suelo se hallan cada vez más cerca... La fuerza invencible sigue empujándole adelante, aunque ahora debe caminar ya agachado... La luz disminuye. Debería haber desaparecido ya, pero aún basta para vislumbrar levemente el camino que se extiende serpenteante ante él. Un brusco descenso del techo. Juan tiene que caminar sobre sus rodillas y sus codos para seguir avanzando. Aquella depresión del techo pasará pronto... tiene

que pasar... y luego podrá seguir caminando normalmente, erguido, quizá incluso se halle en una gran caverna natural con estalactitas y estalagmitas... Una foto de las Cuevas de Nerja pasa fugazmente ante sus ojos.

Respira fatigosamente, con una extraña opresión. El esperado ensanchamiento no llega. En vez de eso, el paso entre las paredes de piedra es cada vez más angosto, obligándole a arrastrarse como una serpiente para seguir avanzando, empujado por alguna extraña e incomprensible fuerza... Asustado, Juan se da cuenta de que ya no tiene espacio ante él. El corredor, angosto como una conejera, termina bruscamente ante la piedra que forma el corazón de la montaña, como si algún desalentado ingeniero hubiera dejado su trabajo a medio terminar...

Claustrofobia...

El asfixiante terror a los espacios cerrados hace presencia.

Debe volver atrás, rápidamente, ganar la salida, el cielo azul, el aire fresco, la,...

No, no es posible.

¿Por qué no puede retroceder?

Sus manos se apoyan fuertemente en el suelo a fin de intentar impulsarle hacia atrás... pero es inútil.

No puede moverse. Por lo menos, no con ayuda de las manos.

Entonces son las rodillas las qué, desesperadamente, tratan de constituirse en punto de apoyo para impulsarle hacia atrás. Pero sólo consigue desgarrarse la tela del pantalón y desollarse la piel. No puede moverse. Está clavado en el suelo, con la roca sobre su espalda, con la roca bajo su pecho, ante su cabeza y quizá, muy posiblemente, detrás de sus pies...

Como una película, un brutal zoom hacia atrás le hace ver a sí mismo prisionero en una inamovible cárcel de piedra, con toneladas de piedra sobre él y debajo de él, por delante, por detrás, como si ahora también él mismo formara parte de la montaña que le ha aprisionado en sus entrañas... Abre la boca.

Llena sus pulmones de aire viciado, húmedo, oscuro, con sabor a tierra. Un alarido desesperado, desgarrador, salvaje, brota de su garganta.

* * *

—Juan... por Dios, ¿qué te ocurre?

La mano de Ana, fuertemente, le sacude.

El final del alarido sale, agonizante, de sus pulmones.

—Juan... ¿qué tienes?

Mira a su alrededor. Un armario, un rectángulo de luz que viene de la calle. Lo único que toca su cuerpo es la ropa del pijama, y encima de ella la de la cama.

Ana, preocupada, le mira con una cierta inquietud. —Ha sido ese sueño otra vez, ¿verdad?

Sí... es horrible... ¡me moriré si sigo soñando eso! Mi corazón... no lo resistirá...

—Tranquilízate, cariño... mañana volveremos otra vez a ver al cardiólogo. Y, si es necesario, a un psicoanalista. Pero tienes que dejar de soñar esas cosas horribles...

—¿"Esas", dices? No, Ana... Sólo hay una pesadilla... sólo una... siempre la misma...

* * *

El médico retira los cables, que se han calentado al contacto con el cuerpo de Juan. Luego, tira de una larga hoja de papel y observa los grafismos de cordillera que la cabeza lectora ha impreso en ellos.

—Tenemos que cuidarnos, amigo — dice, empleando ese "nos" tan característico y paternalista de los médicos.

—¿Estoy peor?

—Bueno, no es eso exactamente... pero no hay mejoría, que es lo que nosotros esperábamos. Ese corazón está muy fatigado...

* * *

—Toma... aquí tienes las gotas... Juan, obedientemente, las toma mientras Ana acaba de abrocharle la chaqueta del pijama y pasa cariñosamente los dedos por la piel de su pecho.

—No te desmoralices, ¿quieres? No me gusta verte deprimido...

Juan asiente, en silencio. Su frente se puebla de un sudor frío. Acaba de presentir que volverá a tener la pesadilla.

Se tumba en la cama, se arropa, aprieta las sábanas en torno a su cuerpo como para protegerse de un enemigo invisible y viscoso que caerá sobre él en cuanto Ana apague la luz de la mesilla de noche...



* * *

La cueva. La oscuridad.

Olor a humedad, un pasillo cada vez más angosto... piedras que aprisionan su pecho, su espalda, todo su cuerpo...

Un alarido. Otro más. El último.

* * *

Ana, sobresaltada, toca el cuerpo de Juan. Rígido, frío. Sus ojos están clavados en el techo, como si este se hubiera movido, como si hubiera bajado para aplastarle...

Su corazón no late desacompasadamente como es habitual después de su pesadilla. Ana aplica el oído al pecho de Juan. Nada. Silencio. Su corazón se ha detenido.

* * *

Todo es oscuro. Juan abre los ojos. La pesadilla otra vez...

Sigue el olor a tierra, y el olor a humedad. Intenta mover los brazos, pero no puede. Quizá con las rodillas...



Pero, como es habitual, tampoco las rodillas sirven. Tendrá que gritar para despertarse y acabar con aquella horrible angustia.

Abre la boca. Va a gritar. Pero, de repente, algo cruza su mente.

Hay algo distinto. ¿Qué es?

La posición... no está boca abajo, como cuando lucha desesperadamente para salir del túnel. No. Está boca arriba. Boca arriba... Y hay otro olor. Un olor nuevo, aparte la humedad, la tierra... un olor a madera. A madera recién barnizada.

Juan adivina que el barniz es de color negro. Y advierte ahora el movimiento exterior... un movimiento de balanceo...

Un golpe brusco. Es el final del viaje. Algo blando cae sobre él, sin tocarle, pero Juan oye el ruido, nota la vibración. Olor a tierra húmeda, recién movida... Intenta gritar, pero ningún sonido sale de su garganta. Y las paletadas de tierra, lenta e inexorablemente, caen sobre la tapa de su ataúd mientras Juan desgarra sus uñas contra la madera, en un salvaje y mudo intento de sobrevivir...

Su palabra terrible, claustrofobia, se une ahora a otra mucho más terrible aún: catalepsia... ¿Por qué no esperaron un poco antes de enterrarlo? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?...

OTOÑO DEL 42

MANUEL DOMINGUEZ
Ilustrado por: RAFAEL AURALEON

Famosos MONSTERS del CINE Nº 5, 1975



Lorna, aburrida, cerró la radio. Comenzaba a aburrirle la música de Glenn Miller. Por otra parte, ni Dinah Shore ni Frank Sinatra le decían nada nuevo repitiendo por enésima vez sus tonterías amorosas.

Se acercó al gramófono y le dio cuerda. Buscó el álbum de discos de su madre. The Andrews Sisters... Martha Eggerth... Deanna Durbin...

Se decidió finalmente por una grabación de Bing Crosby. La música se elevó en la habitación, Lorna recordó vagamente unas imágenes de Crosby vestido de sacerdote y se acercó a la ventana. Una nube de polvo se elevaba allí donde desaparecía la carretera. Algún coche se acercaba. Y eso era raro en aquella región granjera, donde los habitantes podían contarse con los dedos de cuatro o cinco manos.

El coche se fue acercando. Lentamente, se detuvo frente a la casa y una extraña excitación se apoderó de Lorna.

Un hombre bajó de él, de unos 35 años, quizá menos, terriblemente atractivo, vestido elegantemente aunque con ropa sport, Miró hacia la casa, vio a Lorna en la ventana y se aproximó a ella.

—Buenos días, señorita... me temo que me he perdido. Acabo de comprar Green Hills, pero no consigo encontrar la casa...

—Está usted en camino. En unos tres kilómetros, a la derecha, verá un cartel indicando la desviación que conduce a su finca.

—Gracias... es usted muy amable.

—No hay de qué. Me alegra saber que tenemos un nuevo vecino. Eso, para nosotros, constituye todo un acontecimiento.

—Espero que nos veremos...

—Oh, es muy probable. No hay demasiadas distracciones por aquí cerca.

Con una sonrisa, el hombre se acercó al coche, subió a él, lo puso en marcha y desapareció entre otra nube de polvo. Lorna se quedó entre las cortinas de ventana hasta que hubo desaparecido. Su madre, que arreglaba las camas en la habitación de arriba, gritó por el hueco de la escalera.

—Lorna, ¿con quién hablabas?

Distraídamente, Lorna contestó. Mintió sin saber por qué.

Bing Crosby acababa de seguir su camino y el disco con un monótono gemido, pedía que alguien parase el gramófono.

Pero Loma siguió junto a la ventana, con los ojos perdidos en el camino que llevaba a Green Hills.

Habían pasado dos días, quizá tres, desde que Lorna conociera al nuevo vecino de la localidad. En aquel tiempo, dos camiones de mudanzas habían seguido el mismo camino.

Algo más que la curiosidad empujaba a Lorna camino adelante aquella mañana de otoño, mientras intentaba engañarse a sí misma diciendo que, si iba hacia Green Hills, no era por ninguna razón en particular.

Pero, cuando tuvo la finca ante ella, su subconsciente le gritó un " ¡Embustera! " que Lorna ahogó con precipitadas excusas.

Él la estaba mirando desde la ventana. La saludó con la mano.

—¡Hola!

Lorna se fue acercando, sonriendo más o menos como recordaba habérselo visto a hacer a Jane Powell. El hombre iba en mangas de camisa, desabrochado, el vello de su pecho sobresalía por entre los bordes de la tela blanca. Desapareció de la ventana, cuando salió, se estaba abrochando una chaqueta a cuadros.

—¡Qué afortunada casualidad! Me preguntaba cuándo volvería a verla...

—Pues en realidad estaba dando un paseo... y se me ocurrió acercarme a ver cómo seguía su mudanza. Oh, esto es un verdadero laberinto... pero si quieres pasar...

Lorna vio cuadros, objetos de decoración, jarrones... indudablemente, el nuevo vecino era rico y poseía un excelente gusto.

— Nunca había visto estas cosas, excepto en el cine... mamá y yo vivimos en una casa decorada al estilo rustico, como todas las de los alrededores... como esto es una zona granjera...

—Comprendo... pero lamento que lo vea usted todo en tal mal estado. Dentro de un par de días habré acabado de colocar las cosas en su sitio... ¿por qué no viene a cenar el viernes por la noche y podrá sentirse algo más cómoda?

—¿A cenar? Bueno... yo... no sé si podré...

—Por favor... haga lo posible. ¿El viernes a las nueve.

Le cogió la mano y la llevó a sus labios, besándola suavemente.

Por entonces, en aquel otoño de 1942, Lorna hubiera sido quién sería Grace Kelly, se hubiese sentido como ella debió sentirse al besarle la mano el príncipe Rainiero por primera vez.

* * *



No le dijo nada a su madre. A hurtadillas, el viernes a las ocho, se metió en su habitación. Pero Lorna ignoraba lo poderoso que puede llegar a ser el insto maternal.

Su madre abrió la puerta justo en el momento en que Lorna acababa de subirse la cremallera de su mejor vestido.

—¿Dónde crees que vas, Lorna?

—Yo... es que...

—Crees que no me he dado cuenta de tus paseos hasta Green Hills? ¿Imaginas que soy estúpida? ¡Ese hombre es un desconocido! Nadie sabe nada él, y no permitiré que seas tú quien pague las consecuencias de esa ignorancia.

—Mamá, es todo un caballero y me ha pedido que cene con él. ¡Todas las chicas de los alrededores se morirán de envidia!

—No irás. No quiero que andes sola por ahí, de noche, Dios sabe con quién, por en medio del bosque.

—¿Qué temes? ¿Qué me salte al cuello el Lobo Feroz?

La madre no respondió. Cerró la puerta y dio dos vueltas a la llave, por fuera. Lorna se quedó dentro, desesperada, llorando y golpeando la puerta con los puños. Pero todo fue en vano. Su madre no volvió a abrir la puerta, ni siquiera para subirle la cena.

En la íntima y acogedora penumbra, con unas suaves notas musicales de fondo, él le tendió una copa de champaña.

—Qué maravillosa voz... ¿Quién es?

—Un nuevo cantante de color... Nat King Colé. ¿Le ha sido muy difícil escapar de la vigilancia de su madre?

Trepe por las ramas de un árbol que crecen junto a mi ventana, pero ya lo había hecho muchas veces cuando niña.

Los dos rieron, y él vino a sentarse junto a ella, rodeando los hombros de Lorna con el brazo. Ella se estremeció.

—Lorna... eres una muchacha encantadora. Los labios de él se posaron en su cuello. Las tinieblas eran casi completas, y Lorna cerró los ojos, con un escalofrío de placer... El hombre la abrazaba, impetuosamente, demasiado tal vez. La apretaba con tal fuerza que comenzaba a hacerle daño. Lorna intentó protestar. —Por favor... ¡no tan fuerte! La respuesta fue un gruñido. Lorna se maldijo mentalmente por haber ido allí. Igual resultaba que aquel individuo era un sádico como aquellos de quienes los periódicos hablaban de vez en cuando. Abrió los ojos y se dispuso a poner las cosas en su sitio.

Pero la voz se ahogó en su garganta. La luna llena había salido por entre un desgarrón de nubes, e iluminaba algo espantoso... una cara bestial, velluda, como la de un oso... o un lobo...

—No... ¡Suélteme! ¿Qué le ocurre? La respuesta fue un rugido bestial. Las uñas de la bestia se clavaron salvajemente en su carne. Lorna, de un fuerte empujón, consiguió liberarse y saltar por la ventana.

Corrió, desesperada, sintiendo detrás de ella el resuello salvaje de la bestia que la perseguía... mientras se arrancaba la ropa del cuerpo. El terror le impedía pensar. No quería saber qué era aquello, sólo deseaba correr, huir, llegar a su casa, encerrarse en ella, ponerse a salvo... Volvió la cabeza para medir la distancia que la separaba de su monstruoso perseguidor. Sus pies se enredaron en algo, y cayó de bruces al suelo. La última imagen que vieron sus ojos fue una especie de lobo humano, completamente desnudo, de ojos relucientes, de salvajes colmillos y fauces babeantes, grotescamente suspendido en el aire, saltando sobre ella.



* * *

Los ensangrentados pies, de largas uñas, subieron los escalones, dejando tras de sí unas huellas ensangrentadas.

Una mano negra, velluda, empujó la puerta de entrada, blanca, recién pintada, dejando en ella otra huella de sangre.

Luego, la puerta se cerró con seco chasquido. Al girar sobre sus goznes, la luna llena se reflejó un momento sobre el nombre que ostentaba la placa metálica fijada en la puerta aquella misma tarde: Larry Talbot.

NOTA: Larry Talbot es el personaje interpretado por Lon Chaney Jr. en su famosa película "EL HOMBRE LOBO"

SUEÑOS

MANUEL DOMINGUEZ
Ilustrado por: RAFAEL AURALEON

Famosos MONSTERS del CINE Nº 6, 1975



Fred furioso, cerró de un golpe el cajón de su mesa de la oficina.

Pero con tan mala fortuna que se pilló un dedo. Ahogando una maldición, se llevó espontáneamente el dedo a la boca. Y fue eso lo que desencadenó los recuerdos.

Una acción parecida... no exacta... ¿cuándo la había registrado su memoria?

Estuvo todo el día pensándolo cada vez que el trabajo del despacho le dejaba un hueco. No le dolía ningún otro dedo, pero estaba seguro de haber vivido aquel incidente horas antes... Tuvo la respuesta cuando, a las siete de la tarde, regresaba a su casa en el coche. Fred había soñado la noche anterior que se había pillado un dedo en el cajón de una mesa. Y, justamente, con el cajón de su mesa de oficina...

Mientras cenaban, lo comentó con Louise, su mujer.

—Vamos, Fred. Eso son tonterías.

—Ya lo sé. Pero no deja de ser curioso, ¿no crees?

Fred se encogió de hombros y siguió cenando.

* * *

Su jefe entraba en la oficina, gritando.

— ¡Maldita sea, otra vez he perdido mi encendedor de oro! ¿Lo ha visto alguno de ustedes? Fred, como en una película, veía brillar el encendedor a través de la papelera metálica de su jefe.

Tomaba el encendedor. Se lo daba a su jefe, que le palmeaba el hombro. En ese momento, el timbre del despertador le sobresaltó.

* * *

El trabajo de aquella mañana fue tranquilo. Todo fue normal, hasta que su jefe entró en el despacho con cara malhumorada.

—Maldita sea, ya he vuelto a perder mi encendedor de oro. ¿No lo ha visto ninguno de ustedes? Como en sueños, Fred notó que se levantaba, entraba en el despacho de su jefe y dentro de la papelera encontraba el encendedor de oro. Pero esta vez no estaba soñando. Se pellizcó para estar seguro. Su jefe, sorprendido, le palmeó el hombro. —Vaya, hombre... ¿cómo sabía usted que estaba ahí? ¿Es que lo había escondido usted mismo, o tal vez tiene dotes de vidente? Fred se encogió de hombros, sin saber qué contestar La cabeza le daba vueltas cuando regresaba a su casa No sabía qué era lo que estaba ocurriendo, pero indudablemente se trataba de algo muy extraño. Percepción extrasensorial, quizá... premonición... Si por lo menos pudiera utilizarlo para algo útil, para ganar un buen montón de dinero de una vez...

* * *

"Aquello" siguió ocurriéndole si no diariamente, por lo menos con mucha frecuencia. Dos o tres veces por semana. Cada vez, los sueños eran más exactos y por la mañana se esforzaba en recordarlos minuciosamente. Luego, en la realidad cotidiana, se reproducían con todo detalle.

* * *

Fred, en sueños, se agitaba nerviosamente. Su frente estaba perlada de sudor.

Se sacudía de un modo que estremecía la cama. Finalmente Louise acabó despertándose.

—Fred, ¿qué diablos te ocurre? ¡Parece que tengas un ataque epiléptico!

Fred se despertó bruscamente, con los ojos en blanco y empapado en sudor.

—¿Qué? ¿Otro de tus sueños?

Él la miró extrañadamente. Luego miró a su alrededor.

—Te pregunto si has tenido otro sueño revelador.

Los ojos de él estaban clavados en ella, interrogándola profundamente. Finalmente, Fred habló.

—No. Sólo era una pesadilla...

—Bueno. Entonces, acuéstate y deja de dar la lata, ¿quieres?

Fred se tendió de nuevo. Su mujer apagó la luz. Pero los ojos de Fred continuaban abiertos, mirando al techo.

En su sueño había visto a Louise, su esposa.

* * *

Eran las cuatro. Fred, después de pedir permiso a su jefe, salió de su trabajo tres horas antes, tomó el coche y, fríamente, con prudencia tomó el camino de su casa. Sin apresuramientos.

Ya sabía lo que iba a encontrar.

* * *



Abrió silenciosamente la puerta de la calle. Dejó la cartera de trabajo sobre un sillón y descolgó el sable de samurái que John y Maggie les habían traído de su reciente viaje al Japón. Poco a poco, subió las escaleras hacia el dormitorio.

* * *

La puerta del dormitorio se entreabrió silenciosamente. Allí estaba ella, en brazos de un hombre. A Fred no le importaba quien. Acabó de abrir la puerta y levantó el sable por encima de su cabeza, con las dos manos.

Fue entonces cuando Louise le vio. Lanzó un alarido agudo, penetrante, desesperado.

El hombre, volvió su cara hacia él.

Era Wilbur Greggs, un vecino. Fred nunca lo hubiese sospechado.

El sable bajó y subió, otra vez, y otra, mientras ruidos sordos se oían rítmicamente, a cada golpe. Ruidos de carne cortada, de huesos astillados, chapoteo de sangre, de sábanas y colchones rasgados...

Cuando Fred, fatigado, dejó caer el sable al suelo, la sangre traspasaba el colchón roto y empapaba la moqueta.

Las paredes y la cabecera de la cama rezumaban charcos de sangre.

Fred, fatigado, se dejó caer sobre la cama del cuarto de los invitados y cayó en un pesado sueño.

* * *

Conducía su coche por una carretera. Iba a entregarse a la policía. De repente, dos faros aparecían ante él, y entreveía la maciza silueta de un camión de mudanzas. Incapaz de mover el volante, iba directamente hacia él y se estrellaba con gran estrépito. Y, luego, todo se volvía negro...



Volvió en sí. Primero no recordaba nada de lo ocurrido. Luego, poco a poco, el horrible recuerdo volvió.

Louise. El hombre. La sangre... Debía ir a la policía. Pero... ¿y el camión? Era una tontería. Lo evitaría. Siempre había sido un buen conductor.

Tomó el coche y salió a la carretera. Ya era de noche. Conducía mecánicamente, pero con seguridad. Estaba tranquilo.

No había ningún coche más circulando a aquella hora. Todo estaba extrañamente tranquilo y Fred, absurdamente, se sintió seguro de sí mismo. Iba a cumplir con su deber.

Iba a entregarse a la policía, confesar su crimen.

Tal vez tuviera suerte y no le mandaran a la cámara de gas. ¿O era la silla eléctrica lo que le esperaba?

Si evitaba la sentencia de muerte, le condenarían a cadena perpetua. Eso sería una buena solución.

Porque, dé ese modo, se acabarían sus pesadillas.

¿Qué puede soñar un hombre que sabe que sus días están confinados hasta el último en una celda? ¿Qué extrañas premoniciones, que pesadillas pueden amenazarle, si desde el momento en que cruce el umbral de la penitenciaría hasta que muera sabe que nada

inesperado puede ocurrirle? Por eso Fred estaba contento. Por eso, casi, le dieron ganas de silbar. Faltaban ya pocos kilómetros para la comisaría, que se hallaba en el pueblo cercano. Dentro de cinco minutos habría llegado. Fue de repente, al doblar una curva cerrada... Dos luces gemelas, paralelas, avanzaban hacia él. No eran ni siquiera dos faros. Aquel maldito bastardo del conductor del camión no llevaba encendidos más que los pilotos... Pero no le cogería de sorpresa...

Sabía lo que tenía que hacer. Con un brusco golpe de volante, torció hacia la derecha para evitar al camión, que invadía casi la calzada central.

Lo malo fue que Fred nunca supo que aquella curva cerrada estaba situada sobre un puente. Se estrelló contra el pretil y, rompiéndolo, cayó al abismo.

Trescientos metros y un caudaloso río debajo. El coche se alejó, flotando, con el cadáver de Fred en su interior.

Los dos ciclistas, profundamente impresionados, se acercaron al lugar en que el impacto del coche había destrozado la barandilla.

—Ese hombre... ¡debía de estar borracho! ¿Viste lo que hizo?

—Sí... tenía espacio sobrado para pasar entre nuestras dos bicicletas. ¿Por qué demonios se echó de ese modo hacia la derecha?

DENTRO DE MI ATAUD

MANUEL DOMINGUEZ
Ilustraciones: JUAN BOIX

Famosos MONSTERS del CINE Nº 18, 1975



Sabido es que los usureros están entre las personas más odiadas. Y Grunwald lo sabía, pero la verdad es que no le importaba. Desde que su mujer y su hijo habían muerto años atrás durante la Gran Peste Negra, sólo una cosa le importaba: ganar dinero.

Amasaba sin cesar, pignorando objetos de gran valor a cambio de miserables cantidades de monedas que la gente del pueblo necesitaba para cubrir sus necesidades más vitales: la comida, las consecuencias de una inesperada sequía o de un granizo que habían destruido sus cosechas o una repentina enfermedad.

La gente, qué duda cabe, no acudía a Grunwald por capricho. Pero eso a él le importaba muy poco.

Cuando la viuda Runild acudió a él, llorosa y con los ojos enrojecidos, su mirada fría y dura se posó en ella.

— ¿Qué te ocurre?

—Es mi hijo, señor... mi hijo Lukas...

— ¿Está enfermo?

—Sí... y los médicos no quieren ocuparse de él si no tengo dinero para pagarles...

—Ya... ¿cuánto necesitas, mujer?

—Cien monedas de oro...

—Mucho dinero es ese... ¿qué puedes ofrecerme a cambio?

—Yo... sólo tengo estas pocas joyas que mi pobre marido pudo comprarme después de la boda, con sus ahorros...

Sobre la mesa del usurero se desparramaron unos pendientes, un anillo de boda y un prendedor que amarillearon miserablemente a la luz de la lámpara de aceite.

Grunwald los examinó con ojo crítico.

—Por eso no puedo darte más que cincuenta monedas. El oro es de muy baja calidad y está mezclado con otros metales.

La viuda Runild se retorció las manos desesperadamente, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Dios mío... ¿y qué puedo darte a cambio de las otras cincuenta monedas?

Los ojos hinchados de Grunwald recorrieron el cuerpo aún joven de la viuda. Y ella captó el significado de aquella mirada.

—Muy sencillo, mujer... sólo necesitas ser amable conmigo...

— ¡No! Eso... ¡eso nunca!

Riendo, Grunwald echó un saquito de cuero sobre la mesa. Al chocar con la madera emitió un sonido metálico.

—Entonces, ahí tienes tus cincuenta monedas... ¡es todo cuanto te mereces por estúpida! ¡Piensa que rara vez soy tan generoso!

La viuda, tomando precipitadamente el saquito, salió de la tienda de Grunwald casi corriendo, cubriéndose la cabeza con su negro paño. Las carcajadas del obeso usurero la persiguieron hasta la calle, burlonas y crueles.

La cama rechinó bajo los ciento veinte kilos de carne y huesos cuando el viejo Grunwald se dejó caer sobre ella.

Todo le daba vueltas.

—Maldita sea... ¡he vuelto a beber demasiado vino!

Un sabor agrio y desagradable llenaba su boca y un creciente malestar se apoderaba de él.

Fue a levantarse para tomar un trago de agua fría, y fue entonces cuando la vio.

Estaba a los pies de su cama, transparente como la niebla, con unos ojos como carbones encendidos clavados en él.

Era Katia. Su mujer muerta hacía quince años.

Se frotó los ojos, pero la visión no desapareció.

—Viejo miserable... miserable y canalla...

—Katia... ¿por qué... por qué vienes hasta mí en plena noche para decirme eso?

—Por tu sucio comportamiento respecto a esa 'pobre mujer. ¿Qué hubieras sentido tú si otro hombre se hubiera comportado de ese modo conmigo?

—¡El negocio es el negocio!

—¡Pero incluso en asuntos de dinero debe dejarse un hueco al corazón!

—¡No! ¡Sólo me importa el oro!

—¿Es por eso por lo que le has propuesto a esa mujer que se venda a cambio de cincuenta monedas?

—Soy un hombre solo... y necesito distracción.

— ¡Distracción! ¡No eres más que un viejo vicioso, borracho, cruel y egoísta! ¡Pero escúchame bien, Grunwald! ¡Algún día pagarás muy cara esta falta de misericordia!

Grunwald tendió una mano hacia la visión, como para retenerla. Y gritó.

Fue entonces, al oír su propia voz, cuando se despertó. Su frente estaba perlada de sudor, y sus mejillas llenas de lágrimas...

* * *

Pero aquello no cambió en nada el comportamiento de Grunwald. Se dijo a sí mismo que todo había sido una pesadilla, un producto del exceso de vino bebido la noche anterior, y siguió con su trabajo con la misma frialdad de siempre.



Tampoco se enterneció cuando, aquella misma tarde, la viuda Runild se presentó ante él con los ojos bajos y la cabeza cubierta con su eterno paño negro.

Se limitó a señalarle con la cabeza la sucia cortina que cubría la entrada a la trastienda donde tenía su habitación.

—Espera ahí dentro — le dijo.

Y separó cincuenta monedas del montón que estaba contando.

Una hora después, la viuda Grunwald salía de la tienda por la puerta trasera, con cincuenta monedas de oro en su faltriquera.

Lloraba de humillación, de rabia, de asco, de odio...

Peco aquello significaba la salvación de su hijo.

Dentro, Grunwald cerraba la tienda y se disponía a tomar su primera jarra de vino de la noche.

* * *

¿Cuántas llevaba ya? ¿Diez? ¿Quince?

Ya no importaba. Cada vez más ebrio, seguía llenando jarras y vaciándolas a una velocidad pasmosa.

Pero los remordimientos no son fáciles de ahogar, ni siquiera en el vino.

Y Katia apareció de nuevo ante él, llameante como un ángel de venganza.

—Lo has hecho, miserable canalla... ¡yo te maldigo por haber mancillado de ese modo el cuerpo de esa pobre madre!

Grunwald se cubrió los ojos con la mano.

Pero siguió viendo a su esposa. Y, además, a un niño a quien llevaba de la mano.

Su hijo... el hijo de Grunwald, muerto quince años atrás, que le miraba con sus ojos infantiles, claros, lúcidos, acusadores, terriblemente fríos...

— ¡No! ¡Nooo! ...

Se levantó, con paso vacilante. Se tambaleó y luego cayó fulminado, derribando en su caída las jarras de vino, la mesa y la silla.

Así fue como le encontraron al día siguiente.

Por ironía del destino, fue precisamente Karl, el viejo enterrador, quien encontró el cadáver cuando iba a empeñar unos candelabros de plata para pagarle a su hijo mayor un viaje a la capital.

Para Karl, la muerte era un hecho cotidiano. Se encogió de hombros y pensó que el entierro del viejo usurero le daría el dinero suficiente como para poder seguir conservando los candelabros sobre la chimenea del comedor.



* * *

En aquellos años, la medicina era mucho menos escrupulosa que en nuestros días. Los médicos no se andaban con muchas contemplaciones a la hora de firmar los certificados de defunción, y mucho menos en una época en que la peste causaba estragos continuamente...

Nadie se molestó en poner un espejo ante la boca de Grunwald para comprobar si su apestoso aliento a alcohol seguía brotando.

Estaba rígido, frío y pálido. Y se le metió dentro de un ataúd de madera.

Nadie acudió a velar su cadáver. Todo el mundo odiaba al viejo usurero, y más de uno se alegró de su muerte.

Y entre esas personas se hallaba la viuda Runild, que estrechaba contra su pecho a su hijo Lukas, de siete años, recién rescatado de los brazos de la muerte por las cien monedas del usurero...

* * *

"Estoy en un sitio cerrado... pequeño... ¡esto debe de ser otra pesadilla...!"

Sí. Tenía que serlo, porque ante él aparecía de nuevo la cara de Katia, llameante y furiosa.

"No es una pesadilla, viejo usurero... ¡estás vivo, encerrado dentro de tu ataúd! ¡Te han creído muerto, y te van a sepultar en vida para que conozcas las torturas del infierno antes de morir de veras! "

" ¡No! ¡No! ¡NOOOOOO! "

Grunwald quiso gritar, pero ningún sonido salió de su garganta.

Intentó moverse, golpear la madera, levantar la tapa claveteada.

Pero ningún miembro de su cuerpo obedeció a sus esfuerzos.

Sólo los ojos le obedecían y giraban locamente en sus órbitas, sin ver nada más que oscuridad. Tinieblas. Oscuras, espesas, enloquecedoras tinieblas. Una voz llegaba amortiguada hasta él y trató de escuchar las palabras que se pronunciaban junto a su ataúd.

"...requiescat in pace. ¿Desea alguien ver el cadáver antes de sepultarle en su última morada? "

"Sí... ¡sí! ¡Por favor, que alguien diga que sí! De ese modo verán que mis ojos se mueven, que no estoy muerto..."

"Nadie. Bien, entonces podemos proceder a bajarle a la fosa". "¡NO!”

"Espera, mamá. Yo quiero verle..."

Ha sido una voz infantil. Los ojos de Grunwald, lo único con vida en su cuerpo, derraman lágrimas de gratitud hacia ese niño, la única persona en el pueblo que no le odia, que le ama, que desea despedirse de él y que va a salvarle la vida. Busca en su interior, trata de recordar la única buena acción que ha hecho en su vida... pero no la encuentra.

De repente, suena otra voz.

Una voz fría, dura, bien conocida.

"No, Lukas. Vámonos a casa. La muerte es horrible, fea, desagradable."

Es la de ella. La de la viuda Runild.

Las lágrimas siguen brotando de los ojos tanto tiempo secos del viejo usurero.

Y las paletadas de tierra comienzan a caer sobre la madera de su ataúd con golpes blandos, húmedos y viscosos.

Una... dos... tres... cuatro...

Los Hombres Justos

Cuento de Aventuras

Este relato aparece en los números 1 y 2 de **Amok** publicada por Hispano Americana en el Año 1947. Dibujante Tony Chan y Guionista: Caesare Solini.
En los facsímiles no se menciona ni al guionista ni al dibujante.



La carta que había sobre la mesa dirigida a León González ostentaba en el sello la efigie del rey Alfonso XIII. La había escrito un hombre tranquilo, a la hora de la siesta, en Córdoba, mientras contemplaba a la sombra de un naranjo el correr de las amarillas aguas del majestuoso Guadalquivir — Es de Poiccart—dijo León.

— Sí — respondió Jorge Manfredo, que dormitaba en un sofá ante las llamas del hogar.

Una lámpara de mesa cubierta con una pantalla verde iluminaba débilmente aquel aposento del pisito de Termyn Street.

— ¿Y qué dice? — preguntó Manfredo incorporándose—. ¿Qué dice nuestro buen amigo Poiccart?

— Que sus cebollas han sido atacadas por una plaga — respondió León muy serio.

Manfredo sonrió un momento.

Hubo un tiempo en que el nombre de aquellos tres hombres y el de otro que ahora descansaba en un rincón del cementerio de Bordeaux, aterrorizaba a los criminales. En aquellos días, «Los Cuatro Hombres Justos» constituían una amenaza para todos los delincuentes, que, si conseguían escapar de las mallas de la ley, caían bajo los golpes de aquella asociación que aplicaba la justicia por sus propias manos en nombre de la ley que ellos habían burlado.

—¡Poiccard cultivando cebollas! — suspiró Manfredo repitiendo su pensamiento en voz alta.

—¿Y por qué no? — preguntó León—.¿Has leído «Los Tres Mosqueteros»?

—Claro que sí — respondió Manfredo sonriendo.

—¿Todo? ¿En qué edición?

—¡Vaya pregunta! En la edición popular, ciertamente — respondió el otro un poco sorprendido

— Hiciste mal — replicó León tranquilamente —. Para que puedas apreciar debidamente «Los Tres Mosqueteros» tienes que leer la tercera parte: «El Vizconde de Bragelonne». Mientras uno de ellos prosperó, el otro no pasó de ser un simple cortesano del rey de Francia, y el último es ya viejo y lleno de achaques. Es entonces cuando se vuelven más humanos, justamente como Poiccart, que ahora cultiva cebollas. ¿Quieres que te lea su carta?

— Sí; hazme el favor...—respondió Manfredo un poco avergonzado.

— ¡Hum! — González empezó a leer —. «Ya te he hablado de las cebollas. Ahora tengo unas rosas magníficas. A Manfredo le gustarían... No hagas caso de esa afirmación de un médico americano que dice que se puede averiguar el grado de parentesco por la sangre... Mis cerdos están maravillosamente bien. Hay uno que me parece muy inteligente. Le he puesto de nombre «Jorge».



Manfredo rióse, acercando las manos a la lumbre.
«Este año será muy bueno para el vino, según me dicen — prosiguió León —, pero los naranjos no darán frutos tan buenos como el laño pasado... ¿No sabes que las impresiones digitales de algunos antropoides son idénticas? Las de los macacos, por el contrario, difieren mucho entre sí. Tendría mucho placer si te interesases de ese asunto...»
León continuó; la misiva estaba llena de noticias domésticas y de incursiones por el terreno científico, en el más completo desorden.
Al terminar la lectura, León González dobló la carta y se la guardó en el bolsillo.
— Bueno; en ese caso de las impresiones digitales, Poiccart no tiene razón. Esa fue una de las ilusiones más queridas del ilustre Lombroso. Como este sistema de identificación es tan deficiente...
— Nunca te oí criticando a nadie — respondió Manfredo asustado —. ¿Por qué no es satisfactorio?
León encendió con calma un cigarro antes de responder.
— En Scotland Yard existen, según me dijeron, cien mil fichas de identificación. Ahora bien, la población de Inglaterra es de cincuenta millones de habitantes, un número infinitamente mayor. Suponte ahora que fueses un policía y que te pusiesen delante de quinientas personas, una de las cuales tuviese en sus bolsillos objetos robados. ¿Te contentarías con registrar a una sola persona despreciando a las restantes?

— Claro que no — respondió Manfredo —. Ya sé lo que quieres decir con eso.
— Quiero decir que hasta que todos los países hayan adoptado un sistema racional para obtener las impresiones digitales de todos sus habitantes y hasta que se comparen las mismas entre sí, no se podrá decir con certeza que no existen dos impresiones iguales en el mundo.
— ¡ Qué método recomiendas para el actual sistema! — dijo Manfredo burlón.
— No es práctico propiamente — replicó León—, pero es una solución lógica.
Reinó largo silencio entre ambos. Manfredo volvióse para escoger un libro en un estante al lado del hogar.
Oyó el crujir de la butaca, vio a González levantarse y después el ruido de una puerta que se cerraba. Consultó el reloj: eran las ocho y media.
León regresó cinco minutos después. Habíase cambiado la ropa; estaba perfectamente disfrazado, aunque no se hubiese caracterizado ni teñido el cabello. Daba, sin 'embargo, la sensación de lo que se proponía parecer: un hombre muy pobre. Habíase puesto un cuello limpio, pero arrugado, y unas botas limpias, aunque demasiado gastadas.
— Pareces un sacerdote pobre que quiere aparentar elegancia — dijo Manfredo contemplándolo.
— Soy un empleado judicial despedido hace veinte años por haber ayudado a un pobre hombre a huir de la justicia. Es un papel de lo más simpático, Jorge, y que atrae, además, la atención general. Debías ir una de estas noches a esa taberna llamada «El Cercado» para oírme hablar de los derechos de las mujeres casadas.
— Muchas gracias. Buen provecho, León — respondió Jorge —. Presenta mis respetos a Amelia Jones.
León González quedóse pensativo, mirando distraído las llamas del hogar.
—¡Pobre Amelia Jones! —dijo por fin.
— ¡Eres un hombre sorprendente! —exclamó Manfredo sonriendo —. Únicamente a ti se te podía haber ocurrido esa idea de hacer de una criada una heroína de novela.
Mientras tanto, León se ponía el sobretodo.
— Un poeta respondió Manfredo —, creo que fué Lope, dijo una vez que era un idealista todo aquel que admiraba las cosas viejas o que las hacía bonitas. En ambos sentidos puede aplicarse esto a Amelia Jones.

***

«El Cercado» es una pequeña taberna situada en Trent Koad, cerca de Deptford. Aquella noche, el local estaba casi desierto, porque hacía mucho frío; había poco más de media docena de personas cuando León entró y pidió una copa de vino.
Acercóse para servírselo una mujer surgida de la sombra, que parecía estar esperándolo, con una copa llena en una bandeja.
—Buenas noches, señora Jones—saludó González—. ¿Qué tal la noche? ¿Pésima, eh?...
Amelia Jones era una mujer de edad, gruesa, de rostro intensamente pálido y manos trémulas.
— Me alegro mucho de verlo, señor — respondió.
Dejó el vino sobre la mesa, aunque González apenas lo probó.
Conoció a aquella mujer la misma noche en que ella, desesperada, huyó de su casa para refugiarse en aquel establecimiento. León, en aquella ocasión, admiraba con mucho interés un

fascinante cráneo que perteneció a un portero de Covent Garden y trataba de descubrir cuál sería la historia y las aspiraciones de aquel hombre cuando conoció a la camarera.
Esta noche, la infeliz debía tener algo muy importante que decirle, porque se acercó muchas veces a su mesa antes de atreverse a contar lo que le preocupaba.
— Señor Lucas (este era el nombre por el que era conocido León González entre los parroquianos de la taberna), quisiera pedirle un gran favor. Usted ha sido extremadamente bondadoso conmigo, pero no me atrevo a abusar de su complacencia, porque usted debe tener muchas ocupaciones.
Y se le quedó mirando con aire suplicante.
— Ahora, precisamente, tengo tiempo de sobra — respondió González.
— Entonces., ¿podría^ acompañarme mañana al campo? — preguntó temerosa —. Me gustaría que viese usted a... alguien.
— Con mucho gusto — respondió León.
— ¿Podrá, entonces, esperarme en la estación de Paddington mañana a las nueve? Le pagaré el billete — se apresuró a decir —. No consentiré que usted haga ningún gasto; y como tengo algún dinero...
— En cuanto a eso — respondió León —, no se moleste; puedo disponer de algo. Los gastos serán de mi cuenta. ¿Ha tenido noticias de su esposo últimamente?
— Directamente, no — respondió la mujer meneando la cabeza—; pero sí por un condenado que ha terminado de cumplir la pena.
Eso lo dijo con voz temblorosa, pareciendo de momento que iba a llorar.
— Me matará, me matará — repetía desesperada retorciéndose las manos —. Pero ahora no pensaba precisamente en mí.
León la miró sorprendido.
— ¿En quién, entonces?
Ya había sospechado antes que en aquella historia había un tercer factor; pero ignoraba de quién se pudiese tratar.
— En mí, no — volvió a repetir —. Ya sabe usted que mi esposo me odia a muerte y lo •que piensa hacer cuando le dejen en libertad; pero no sabe por qué.
— ¿Dónde está él ahora? — inquirió León.
— En la prisión de Devizes; lo trasladaron allí para que cumpliera la condena. Dentro de unos meses saldrá.
— Y entonces vendrá inmediatamente a ajustarle a usted las cuentas, ¿no es así?
Ella negó con la cabeza.
—No—respondió con amargura—. No acostumbra a proceder así. Usted no le conoce, señor Lucas. Si fuese así, yo sufriría menos. No en balde le llaman Jaime el cruel. Llegará sin decir una palabra, cuando menos se espere, y, entonces, Amelia Jones morirá. Esto no me importa, sin embargo — prosiguió —. Es otra cosa lo que me atormenta.
León sabía que era inútil esa preocupación; así, pues, nada le preguntó.
A la hora de cerrar la taberna la acompañó.
— Le aconsejaría que descansara en mi casa esta noche; pero no quiero que corra ningún riesgo, señora Jones.
González le tendió la mano. Era la primera vez que lo hacía, y ella se la estrechó con franqueza.
—Muy pocos deben haber tendido la mano a Amelia Jones, camino de Jermyn Street.

Cuando entré, cerrando la puerta con cuidado, no pude dejar de sonreír al ver a Jorge Manfredo adormilado en el cómodo sofá delante del semiapagado hogar.

***

A la mañana siguiente estaba en la estación de Paddington, con un traje más presentable, y quedé sorprendido al ver a la señora Jones vestida también con cierta elegancia, más de lo que de ella se podría esperar. Llevaba un traje sencillo, en efecto, que no revelaba la clase a que pertenecía. Sacaron billete para Swindon y durante el viaje apenas hablaron.
El tren se detuvo en Newbury para dejar vía libre a un expreso especial que iba a Londres, repleto de colegiales, niños y niñas, que producían alegre algazara al pasar, saludando todos.
— ¡Claro!—exclamó León haciendo un movimiento afirmativo con la cabeza—. Hoy empiezan las vacaciones escolares. No me recordaba.
Descendieron en Swindon; por primera vez Amelia Jones dio alguna indicación» sobre el objeto de su viaje.
—Debemos quedarnos aquí, en el andén —dijo con nerviosidad—. Espero a cierta persona y quiero que usted también la vea.
Entró en la estación un nuevo convoy; Los viajeros eran niños casi en su totalidad. Algunos descendieron para tomar, probablemente, algún tren que los llevase a Londres. León decía una tontería cualquiera a la buena mujer, aunque sabía que ésta no lo oía, cuando el rostro de la señora Jones se alegró súbitamente. Lanzando una ligera exclamación púsose a correr para abrazar a una linda muchachita que ostentaba un sombrero, distintivo de uno de los más famosos colegios del Oeste de Inglaterra.
—¿Por qué se ha molestado en venir hasta aquí, señora Jones? Ya la hubiera visto yo en Londres—dijo la joven sonriendo. Y señalando a León, añadió—: ¿Algún amigo suyo?
—Sí, señorita Grace—respondió Amelia Jones, haciendo las presentaciones un poco turbada—. Vine por el placer de verla. ¿Cómo ha ido por el colegio?
—Muy bien—respondió la joven—. Me dieron un premio.
— ¡Magnífico!— exclamó la señora Jones con voz trémula—. Usted siempre fué muy inteligente, querida señorita.
La joven volvióse hacia León.
—La señora Jones fue mi ama hace muchos años como usted debe saber, ¿no es verdad?
Amelia Jones asintió con una sonrisa triste
—¿Y cómo está su marido?—prosiguió 1? joven—. ¿Continúa tan insoportable como siempre?
— ¡Oh! ¡No es tan malo, señorita!—respondió la vieja—. A veces tiene prontos de mal humor...
—Me gustaría verlo...
— ¡Oh, no! ¡De ninguna manera!—exclamó inmediatamente Amelia Jones—. La señorita es muy amable. ¿Dónde va a pasar las vacaciones?—prosiguió procurando desviar el curso de la conversación.
—En Clifton, con Molly Walker, la hija de Sir Jorge Walker.
Amelia Jone devoraba con los ojos a la joven. León comprendió en seguida que ella ponía todo su amor en aquella joven que había criado. Pasearon durante algún tiempo por el andén y, cuando la joven tuvo que irse al tren, la señora Jones quedóse parada junto a la portezuela

del vagón, hablando, hasta que el tren partió. Al cabo de un rato ya no era más que un punto distante en el horizonte.
— ¡Nunca más la volveré a ver!—murmuró la pobre mujer con voz trémula—. ¡Nunca más! ¡Dios mío!
En su rostro, pálido como la cera, se reflejaba una suprema desesperación. León le puso la mano en el hombro.
—Venga conmigo y tranquilícese, senara Jones. ¿Quiere mucho a esa joven?
—¿Si la quiero?—respondió la pobre señora volviéndose con los ojos arrasados en lágrimas—. ¡Es mi hija!

***

De regreso, la mujer contóme toda su historia.
—Grace tenía tres años cuando prendieron a su padre—empezó—. Mi marido siempre fue un bandido y creo que la policía lo vigilaba desde muy joven. Me casé con él sin conocerlo. Estaba empleada en una casa en la cual entró para robar, porque yo había dejado abierta la puerta de la cocina, ignorando que fuese un ladrón. Lo metieron en la cárcel y al salir me juró que nunca más volvería allá porque estaba dispuesto a asesinar a todo aquel que tratara de molestarle en cualquiera de sus «trabajos». El y un compañero trabaron relaciones con un apostador de carreras de caballos de Blackheat. Mi marido acostumbraba a trabajar para él, pero un día, se puso de acuerdo con ese amigo y vaciaron la casa del otro llevándose cerca de nueve mil libras.



»Era un día de carreras; y como casi todo el dinero procedía de apuestas, mi esposo sabía que era imposible descubrir que los billetes procedían de robo. Yo al principio creí que hubiese asesinado al «apostador» y si no lo hizo no fué precisamente porque le faltase el valor. Creyendo acertadamente que iban a ser hechas muchas investigaciones, me dio todo el dinero para que lo escondiese. Lo metí en tina botella de vino vacía, y, después de taparla bien para que el agua no entrase la tiré a una vieja cisterna.

«Aquella noche, Jones y su compañero trataban de huir hacia el norte, cuando fueron detenidos en la estación de Easton. El compañero de mi marido cayó acribillado a balazos por la policía, pero Jones fue preso; registraron nuestra casa centímetro a centímetro, sin encontrar nada. Mi esposo fue condenado a quince años de trabajos forzados y hace dos años que estaría libre de no ser por su mal comportamiento.

»Mientras estaba en presidio, señor León, todos mis pensamientos se volvieron hacia mi hijita. Comprendí la clase de vida que nos estaba destinada: sustos, fugas, vigilancia por parte de la policía... Durante doce años por lo menos iba yo "a quedar libre de mi esposo y esto me decidió a hacer lo que hice

»Hasta un año después no me atreví a gastar el dinero desaparecido. Poco a poco compré rojas mejores, evitando que se pudiese sospechar que yo era una criada y la procedencia del dinero.

»Lo coloqué todo en acciones. No sabía yo lo que era aquello; por espacio de varios meses, sin embargo, leí la sección de Bolsa en los periódicos, y antes de colocar mi capital en acciones de una Compañía consulté con un abogado de Berdmonsey. Me pagaban trimestralmente; pero yo no tocaba ni un sólo níquel de aquel dinero.



»Lo primero que hice fue enviar a mi hija a una escuela próxima y... ¡cómo me costó separarme de ella! hasta que estuvo en edad de entrar en un colegio. Yo iba a verla muy pocas veces, y como al correr del tiempo la niña se olvidó completamente de quién era, al cabo de

los años le dije que era su ama. No quería que más tarde llegóse a saber que su madre era una simple criada y su padre un ladrón. Cree que es huérfana y que su educación corre a cargo de un tío que vive en el extranjero. Esta es mi historia. González permaneció callado.
—¿Sabe todo esto su marido? — preguntó por fin.
—Sabe que me gasté el dinero—respondió la mujer, volviendo los ojos hacia el paisaje que desfilaba por la ventanilla—, y que la pequeña está estudiando en un colegio distante. ¡Él la encontrará!—prosiguió la infeliz con un suspiro—. ¡Él la encontrará!
Aquello era todo un drama espeluznante, doloroso, propio de la vida. León la miraba sorprendido y apiadado, comprendiendo el enorme sacrificio de aquella madre. Al cabo de un momento de cierto silencio, preguntó: — ¿Por qué cree usted que su esposo la matará? Los criminales como él no hacen más que amenazar.
—Sin embargó, él no tiene esa costumbre —respondió ella— Tiene por costumbre preguntar a todos los de Deptford que van al presidio si me conocen, lo que hago de día y de noche y a qué horas me acuesto. Esa es su manera de proceder.
—Comprendo—murmuró León—. ¿Y le ha contado alguien esos detalles?
Ella movió la cabeza negativamente.
—Nunca le dijeron nada—respondió—. Aun entre los criminales hay personas de buen corazón. Los que me han visto han estado conmigo muy amables.
—¿Está segura de eso?
—Sí; porque si se hubiese enterado de todo lo que quería saber, no continuaría haciendo a todos esas preguntas. Toby Brown. que salió de Devizes hace un mes, me contó que mi marido continuaba preguntando a todo el mundo. Jones le dijo que la policía tendría que ser muy lista si quisiera prenderlo otra vez.

***

Aquella noche León llegó a casa muy excitado.
— ¿Qué hiciste?—preguntó a Manfredo.
—Almorcé con el señor Fare, que notó tu ausencia y me dio para ti muchos recuerdos.
—Yo estuve hablando con una verdadera heroína. Me refiero a Amelia Jones, Manfredo. Es una mujer maravillosa. Por su causa voy a tomarme unas vacaciones de un mes, durante las cuales podrás irte a España a abrazar a nuestro amigo Poiccart y ver sus cebollas y ese lechoncito a quien llama «Jorge».
—Sí, me gustaría volver a ver Madrid—respondió Manfredo pensativo—. Londres es muy atrayente, pero no en esta época del año... sólo niebla y un sol amarillo, anémico, sin vida. Ya que vas a tomar unas vacaciones... A propósito, ¿dónde piensas pasarlas?
—En la prisión de Devizes — respondió León——. ¿Quieres hacerme compañía?
—No, muchas gracias. Prefiero ir a España—fué la irónica respuesta de Manfredo.
A la tarde del día siguiente, León González se despidió de Manfredo. Este tenía tanta confianza en su amigo que nada le preguntó.
A las diez de la noche, en la tranquila ciudad de Devizes, un policía encontró a un borracho recostado en la pared de la parte trasera del «Beau Hotel» cantando a voz en cuello. El representante de la ley, como es natural, le intimó a que se largara. León le respondió en un lenguaje que él mismo, interiormente (pues contra todas las apariencias no estaba bebido) rechazaba.

El resultado de todo esto fué que a la mañana siguiente tuvo que comparecer ante un juez, acusado de embriaguez y de haber insultado a un policía en el cumplimiento de su deber.
—Creo que debemos imponerle una multa —fué la opinión del magistrado—, porque no se debe permitir a un extranjero que venga a molestar a los habitantes de esta ciudad. ¿Hay alguna otra acusación contra este hombre?
—Ninguna, señor juez—respondió el policía.
—Muy bien, entonces usted tendrá que pagar una multa de veinte «shillings» o ir a la cárcel veintiún días.
—Prefiero ir a la cárcel—respondió León. Y decía la verdad—
Por fin lo llevaron a la cárcel como quería

***

Veinte días más tarde volvía a casa. Manfredo le recibió con los brazos abiertos.
—Supe que habías vuelto—dijo León, alegremente—. Pasé un poco de frío en la cárcel. Tuve un poco de miedo de volver antes que tú porque me condenaron sólo a veintiún días y no a un mes como yo esperaba.
—Llegué ayer—respondió Manfredo, echando una mirada al «buffet».
Sobre el mueble se alineaban seis grandes cebollas españolas que León contempló con cierta tristeza. No contó nada antes de que se hubiese cambiado de ropa, poniéndose otra limpia y planchada.
—Jones tiene, indudablemente, proyectos homicidas—aseguró—. Es el caso más extraordinario de «amorfosis facial» que jamás he visto. Estuve conversando con él. Saldrá en libertad el próximo martes.
—Te recibiría bien cuando supo que venías de Deptford. ¿No?—preguntó Manfredo.
León asintió.
—Quiere asesinar a su esposa el día 3 del próximo mes, o sea al día siguiente del que será puesto en libertad.
—¿Y por qué precisamente en esa fecha? —preguntó Manfredo sorprendido.
—Porque es la única noche en que Amelia Jones duerme sola en casa. Ordinariamente viven allí dos jóvenes maquinistas del ferrocarril; éstos, sin embargo, están de servicio hasta las tres de la mañana, el tercer día de cada mes.
—¿Es verdad o es invento tuyo?——preguntó Manfredo.
—Lo inventé—respondió González—pero él, sin embargo, lo creyó. Le dije también que los dos muchachos no tenían llaves, de modo que entraban por la puerta de la cocina, que se quedaba abierta. A esa puerta se llega por un corredor lateral, paralelo a la dirección de las casas de Little Mili Street. Es un sujeto interesante. Malo por naturaleza. ¡Y pensar que esa pobre pequeña, feliz ahora, educada!...
—La educación—respondió González convencido—, no. es más que una cualidad accidental, que se adquiere en el trato con los demás. Si el hijo de un duque juega con los chiquillos de un barrio pobre, se desenvolverá en ese infierno adquiriendo todos sus vicios y defectos. Piensa ahora en esa horrible situación: esa pobre joven ahogada en los canales de Deptford, porque él es capaz de hacerlo. Creo que deberíamos aplicar nuestra ley a Jones, ¿no te parece?...
—¡De acuerdo!—respondió Manfredo.

León González sentóse en una butaca con un libro de poesías de Browning en la mano. Después de algunos minutos de lectura, dejó el volumen a un lado y miró al techo, recostándose en la butaca, con las manos detrás de la cabeza, elaborando mentalmente el plan que debería poner en acción para eliminar a Jones, el Cruel.

***

En la tarde del día 3, Amelia Jones recibió un telegrama y fué a la estación de Raddington a encontrarse con León González.

—¿Trajo usted la llave, señora Jones?

—Sí, señor—respondió ella sorprendida— ¿Sabe que mi marido ha salido de la prisión?

—Sí, ya lo sé—respondió González—. Por eso precisamente quiero que usted se ausente algunas noches. Tengo algunos amigos en Plymouth que saldrán a recibirla a la estación; pero por si no lo hicieran, usted deberá dirigirse a esta dirección.

Y le dio la dirección de un hotel que recortó de un periódico de aquella ciudad.

Aquí tiene algún dinero; acéptelo. Mis amibos tendrán sumo gusto en ayudarla.

Al despedirse, la pobre mujer lloraba emocionada.

—¿ Está usted segura de haber cerrado bien la casa antes de salir?—preguntó León antes de alejarse.

—Aquí tengo la llave.

Amelia Jones abrió el bolso con manos trémulas.

—Déjeme ver—dijo León, cogiendo el bolso y mirando a su interior con esa indecisión peculiar de los miopes—. ¡Sí, aquí está!

Disimuladamente la cogió metiendo la mano, en apariencia vacía, cerrando nuevamente el bolso y devolviéndoselo.

—Adiós, señora Jones—dijo, y recomendó—: No pierda usted el valor. Todo se arreglará.

***

González llegó al caer la noche a Little Mili Street, cargado con un voluminoso saco negro y entró subrepticiamente en casa de Amelia Jones sin que nadie le viera. La noche era húmeda y desagradable y todos los vecinos se refugiaban a aquella hora al amor de la lumbre.

Cerró cuidadosamente la puerta tras él y valiéndose de su linterna eléctrica penetró en la única alcoba que había en la casa. Quitó la colcha de la cama, con una sonrisa enigmática en los labios, y luego, cuidadosamente, fué sacando del saco todo lo que traía entre otros objetos una gran esfera de vidrio y una máscara antigás.

Colocó la esfera sobre la almohada y sobre ella una cabellera postiza, de mujer, grisácea. Buscó después algunas ropas, que puso debajo de las sábanas, dándoles la forma de un cuerpo humano. Cuando terminó su trabajo, apartóse unos pasos, contemplándolo a distancia, satisfecho.

Descendió las escaleras, abrió la puerta de la cocina y. para estar completamente seguro de todos los detalles, atravesó el patio y fuese a examinar la puerta que daba a la calle La cerradura estaba oxidada; contento, entró de nuevo en la casa.

En un rincón de la habitación había un armario de ropa, disimulado por una cortina de cretona barata. León González sacó todas las ropas que allí había y las metió debajo de las sábanas. Sentóse en una silla y esperó con esa paciencia que le caracterizaba.
El reloj de la iglesia vecina había tocado las dos cuando oyó el chirrido de los oxidados goznes de la puerta; levantóse entonces, y sin hacer ruido ocultóse detrás de la cortina. Aquella no era precisamente una casa en la que se pudiese entrar desapercibido. El maderamen era viejo y gemía y se hundía a la menor presión; el hombre que subía en aquel momento la escalera debía ser un verdadero maestro en el arte, porque León sólo' notó su presencia cuando la puerta se abrió lentamente para dejar pasar una sombra.

***

El criminal atravesó el cuarto cautelosamente y se detuvo junto al lecho. Quedóse parado algunos instantes contemplando el bulto inmóvil. Miró a su alrededor y levantó después una barra de hierro, dejándola caer con toda su fuerza sobre la grisácea cabeza que descansaba en la almohada.

Oyóse un ruido de vidrios rotos. Jones lanzó una horrible blasfemia y retrocedió, metiendo la mano en el bolsillo, en busca de fósforos.
Este retraso le fué fatal. El cloro, comprimido bajo presión de muchas atmósferas, lo envolvió, ahogándolo. Quiso huir, correr y no pudo. Dió dos pasos y cayó en el suelo, envuelto en una espesa nube de gas amarillo verdoso.
León González abandonó entonces su escondrijo. Y el criminal, al levantar .los ojos, vió dos inmensos y monstruosos ojos de vidrio que lo miraban y un hocico semejante a una trompa. Aquella repulsiva máscara fué la última visión que se llevó de la tierra.

***



León recogió cuidadosamente los fragmentos de vidrio y los guardó en el saco. Colocó en su lugar las ropas que había sacado del armario, hizo desaparecer la cabellera postiza y arregló el cuarto antes de; abrir las puertas y ventanas. Dirigióse después a la fachada de la casa y abrió las ventanas. Soplaba un viento sudoeste muy fuerte; a la mañana siguiente no quedarían vestigios de gas en el aposento.

León González quitóse la máscara antigás, guardándola también en el saco, cuando llegó al patio.

Una, hora más tarde, dormía tranquilamente en su piso de Jermyn Street.

Amelia Jones también durmió bien aquella noche En una vieja mansión señorial, del oeste de Inglaterra, una linda joven descansaba también en un mullido lecho, sonriendo, feliz, en su vida sin preocupaciones.

FIN

LA MADRE DE LOS SAPOS

CLARK ASHTON SMITH
ILUSTRACIONES de GARY GIANNI

El libro de las brujas.
Noviembre 2005.
Publicación de NORMA Editorial, S.A.



¿Por qué siempre tienes que ir deprisa, mi pequeñín?

La voz de Mére Antoinette, la bruja, era un croar amoroso. Se comía con los ojos a Pierre, el joven aprendiz del Boticario, con unos ojos redondísimos y que no parpadeaban, como los de un sapo. Los pliegues de debajo de su barbilla se hincharon como si fueran la garganta de un batracio enorme. Sus grandes pechos, pálidos como la panza de una rana, sobresalían de su vestido largo y rasgado mientras se inclinaba hacia él.

Pierre Baudin, como de costumbre, no respondió; ella se acercó más, hasta que él vio en el hueco de esos pechos una humedad brillante como el rocío de los pantanos... como la baba de algún anfibio... una humedad que parecía persistir por siempre ahí.

Su voz, estridente y persuasiva, insistía. "Quédate un rato esta noche, mi bello huérfano. Nadie te echará de menos en la aldea. Y a tu maestro no le importará." Se apretujó contra él con unos pliegues de grasa que daban bandazos. Con sus dedos cortos y gordos, que casi parecían estar unidos por una piel delgada, agarró la mano de Pierre y la llevó hacia su pecho.

Pierre apartó la mano y retrocedió discretamente. Repugnado, más que avergonzado, apartó la mirada. La bruja le doblaba con mucho la edad, y sus encantos eran demasiado groseros y desagradables como para tentarle ni un solo instante. Además, su reputación era

tal que hubiera anulado la hermosura incluso de hechiceras más jóvenes y atractivas. Sus habilidades con la brujería habían hecho que fuese temida entre los campesinos de esa provincia remota, donde la creencia en los hechizos y las pociones era aún algo común. La gente de Averoigne la llamaba La Mére des Crapauds, La Madre de los Sapos, un nombre que se le dio por variadas razones. Los sapos pululaban en grandes cantidades alrededor de su choza; decían que eran sus siervos, y se contaban relatos tenebrosos sobre su relación con la hechicera, y de las tareas que desempeñaban a sus órdenes. Tales relatos eran aceptados como verdaderos de manera inmediata debido a los rasgos de batracio que siempre habían destacado en su aspecto.

Al joven no le gustaba, a él incluso le disgustaban los sapos apáticos y anormalmente grandes a los que a veces había pisado al atardecer, en el sendero entre su choza y la aldea de Les Hiboux. Podía oír a algunas detestas criaturas croando ahora mismo; y parecía, extrañamente, que pronunciaban a medias ecos de las palabras de la bruja.

Pronto llegaría la noche, meditó. El sendero a lo largo de los pantanos no era algo agradable en la oscuridad, y se sintió doblemente ansioso por partir. Aún sin haber contestado a la invitación de Mére Antoinette, alargó la mano para coger la ampolla negra de forma triangular que había puesto ante él sobre su mesa grasienta. La ampolla contenía una poción de curiosa potencia que su maestro, Alain le Dindon, le había mandado recoger. Le Dindon, el boticario de la aldea, tenía la costumbre de hacer tratos clandestinos con ciertos medicamentos sospechosos que le suministraba la bruja, y Pierre había ido a menudo a realizar tales recados a su oculta choza hecha de sauce.

El viejo boticario, que era de carácter tosco y vulgar, a veces le había chinchado a Pierre por las atenciones de Mére Antoinette hacia él. "Alguna noche, muchacho, te quedarás con ella," le había dicho. "Ten cuidado, o la gran sapa te aplastará." Recordó esta burla, y el chico se puso rojo de rabia mientras se volvía para marcharse.

"Quédate," insistió Mére Antoinette. "La niebla es fría en los pantanos; y se espesa rápidamente. Sabía que venías, y te he preparado un buena cantidad de vino tinto con especias de Ximes."

Quitó la tapa de un cántaro de barro y sirvió su contenido humeante en una copa grande. El vino tinto morado caía tentadoramente, y una fragancia de especias calientes y deliciosas llenó la choza, subyugando aquellos aromas menos agradables que provenían del caldero puesto al fuego lento, de los tritones a medio secar, de las víboras, de las alas de murciélago, y de las hierbas nocivas y nauseabundas que colgaban de las paredes, y del hedor de las velas negras de brea y sebo de cadáver que siempre estaban encendidas, al mediodía o de noche, en el interior de esa casa tenebrosa.

"Lo beberé," dijo Pierre, un poco a regañadientes. "Siempre que no contenga ningún mejunje de tu invención."

"Esto no es sino buen vino, de hace cuatro temporadas, con especias de Arabia," la hechicera croó de forma amable. "Te calentará el estómago y..." Añadió algo inaudible mientras Pierre aceptaba la copa.



Antes de beber, inhaló el humo de la bebida con cierta precaución pero el agradable olor le tranquilizó. Seguramente se trataba de una bebida libre de toda droga, todas las pociones elaboradas por la bruja para sus preparados, que él supiera, olían mal.

Aun así, como advertido por alguna premonición, dudó. Luego recordó que el aire de la puesta de sol era en realidad frío y que la niebla se había acumulado detrás de él de modo furtivo mientras se dirigía a la morada de Mére Antoinette. El vino le daría fuerzas para el lúgubre camino de vuelta a Les Hiboux. Lo bebió rápidamente de un trago y posó la copa.

"Realmente es un buen vino," declaró. "Pero ahora he de irme."

Incluso mientras decía esto, sentía en su estómago y en sus venas el calor del alcohol y de las especias extendiéndose... y de algo más ardiente que eso. Le parecía que su voz sonaba más irreal y extraña, como si cayera desde una altura indeterminada sobre él. El calor aumentó, subiendo dentro de él como una llama dorada alimentada por aceites mágicos. Su sangre, un torrente en ebullición, corría tumultuosamente y manaba aún más turbulentamente por sus miembros.

Hubo un trueno profundo y suave en sus oídos, un relámpago sonrosado en sus ojos. De alguna manera la choza pareció expandirse, cambiar de modo luminoso a su alrededor. Apenas reconocía su asqueroso mobiliario, su basura de torvas rarezas, sobre el que un tórrido resplandor era vertido por las velas negras, inclinado con un fuego rubicundo, que dominaba y se hinchaba gigantescamente en la suave penumbra. Su sangre se quemaba con la llama vibrante de las velas.

Se le ocurrió, por un instante, que todo esto era un posible encantamiento, un hechizo moldeado por el vino de la bruja. El miedo le invadió y deseó huir. Entonces, cerca, a su lado, vio a Mére Antoinette.

Brevemente se maravilló ante el cambio que se había operado en ella. Entonces el miedo y el asombro fueron olvidados, junto a su anterior repulsión. Él sabía por qué el calor mágico se elevaba aún más y más caliente dentro de él, por qué su carne brillaba como las candelas rubicundas.

La falda sucia que ella llevaba yacía a sus pies, y así permaneció de pie y desnuda como Lilith, la primera bruja. Los miembros y el cuerpo indolentes se habían transformado en voluptuosos; la boca pálida y de labios gruesos le seducía con una promesa de besos más

grandes que los que otras bocas podrían dar. Las axilas de sus brazos cortos y redondos, la forma cóncava de sus pesados pechos caídos, las fuertes arrugas y la hinchadas redondeces de la ijada y los muslos, todo ello estaba cargado de tentación voluptuosa.

"¿Ahora te gusto, pequeñín?" preguntó.

Esta vez no se apartó sino que la recibió con las manos calientes y ansiosas cuando ella se apretó fuertemente contra él. Sus miembros estaban fríos y húmedos; sus pechos cedían como montículos de turba sobre una ciénaga. Su cuerpo era blanco y totalmente lampiño, pero aquí y allí él encontraba curiosas irregularidades... como las de la piel de un sapo... eso dé algún modo agudizó sus deseos en vez de repelerlos.

Ella era tan grande que los dedos de él apenas podían unirse en su espalda. Sus dos manos, juntas, eran capaces sólo de abrazar un solo pecho. Pero el vino había llenado su sangre con un ardor mágico.



Ella le condujo a su sofá detrás de la chimenea donde un gran caldero hervía misteriosamente, enviando sus humos en espirales extrañamente enroscadas que sugerían figuras vagas y obscenas. El sofá era poco sofisticado y minimalista, pero la piel de la hechicera se asemejaba a unos colchones hondos y voluptuosos.

Pierre se despertó con el alba gris, cuando las altas candelas negras habían menguado y se habían derretido sin fuerzas en sus candelabros. Mareado y confuso, intentó recordar en vano dónde estaba o qué había hecho. Entonces, girándose un poco, vio detrás de él, en el sofá, una cosa que era una especie de monstruo imposible sacado de algún sueño enfermizo: una forma como la de un sapo, grande como una mujer gorda. Sus miembros eran de algún modo como los brazos y piernas de una mujer. Su cuerpo pálido y lleno de verrugas estaba apretado y sobresalía junto a él, y sintió la suavidad redondeada de algo que recordaba a un pecho.

La náusea creció dentro de él mientras los recuerdos de esa noche de delirio volvían. Había sido embaucado con malas artes por la bruja, y había sucumbido ante sus encantamientos malignos.

Parecía que un íncubo le estaba asfixiando con su peso sobre todos los miembros de su cuerpo. Cerró los ojos, ya que no podía contemplar más la cosa repugnante que era la verdadera apariencia de Mére Antoinette. Despacio, con un esfuerzo prodigioso, se alejó de esa forma de pesadilla que le aplastaba. No se movió o pareció despertarse, y se deslizó rápidamente fuera del sofá.

De nuevo, forzado por una fascinación enfermiza, trató de contemplar la cosa que había en el sofá, y sólo vio la repelente forma de Mére Antoinette. Quizás la impresión de que había una gran sapa a su lado había sido sólo una ilusión, una especie de sueño que se mantuvo después de despertarse. Perdió algo del terror de pesadilla que sentía, pero su esófago aún sentía las náuseas del asco, al recordar la obscenidad ante la que se había rendido.

Temiendo que la bruja pudiera despertarse en cualquier momento y pretendiera detenerle, salió a hurtadillas de la choza sin armar ruido. Era pleno día, pero una fría e incolora niebla lo rodeaba todo, envolviendo los rojizos pantanos, y colgando como una cortina Fantasmal sobre el sendero que él debía seguir hasta Les Hiboux. La niebla, siempre en movimiento y ebullición, parecía dirigirse hacia él con unos dedos que le interceptaban mientras él emprendía el camino a casa. Tembló al ser tocado por ella, agachó su cabeza y se enfundó su capa.



La niebla se arremolinaba cada vez más a su alrededor y poco a poco se fue volviendo más densa; se enroscaba, se retorcía sin cesar, como para bloquear el paso a Pierre. Podía intuir el sendero serpenteante y estrecho que estaba a sólo unos pocos pasos por delante. Era difícil encontrar los puntos de referencia habituales, era difícil reconocer los sauces que se aparecían de repente ante él como fantasmas grises y se desvanecían de nuevo en la nada blanca mientras seguía adelante. Nunca había visto una niebla así: era como un con junto de humos sofocantes que le cegaban provenientes de miles de calderos removidos por brujas.

Aunque no estaba seguro del todo de dónde estaba, Pierre pensó que había recorrido la mitad de la distancia hacia la aldea. Entonces, inesperadamente, empezó a encontrarse con sapos. Permanecieron escondidos por la niebla hasta que se encontró encima de ellos. Deformes, grandes de un modo poco natural e hinchados, se sentaban de cuclillas sobre el pequeño sendero que era su camino, o daban saltitos sobre cada mano de un modo perezoso desde la pálida penumbra.

Varios se golpearon con sus pies cayendo pesadamente de un modo horrible. Pisó sin darse cuenta a uno de ellos, se resbaló con la podredumbre machacada en que se había

convertido y apenas consiguió evitar caer precipitadamente en el borde de la ciénaga. El agua negra y embarrada fluía melancólicamente, cerca, y detrás de él mientras se tambaleaba.

Se giró para volver a su camino, aplastó otros sapos hasta reducirlos a una pulpa repugnante bajos sus pies. El suelo empantanado cobraba vida con ellos. Se dejaban caer pesadamente sobre él desde la niebla, golpeando sus piernas, su pecho, su propia cara con sus cuerpos fríos y húmedos. Se alzaban por decenas como una legión comandada por el diablo. Parecía que había algo maligno, un propósito maléfico en sus movimientos, en los continuos golpes de sus violentos impactos. No podía avanzar por el sendero abarrotado, pero iba dando tumbos adelante y atrás, resbalándose a ciegas, y cubriendo su cara con las manos levantadas. Sintió una consternación espeluznante, un terror sobrenatural. Era como si la pesadilla que había tenido al despertarse en la choza de la bruja de algún modo se hubiera hecho realidad.



Los sapos venían siempre por la dirección del camino que llevaba a Les Hiboux, como si quisieran devolverle hacia la morada de Mére Antoinette. Sallaban contra él, como un granizo monstruoso, como misiles lanzados por demonios invisibles. El suelo estaba cubierto por ellos; el aire estaba lleno de sus cuerpos impulsados con gran velocidad. Una vez, casi llegan a sepultarlo.

Su número parecía incrementarse, se arrojaban hacia él en una tormenta dañina. Dejó de resistirse ante ellos, su valor se quebró, y empezó a correr a lo loco, sin saber que había abandonado la seguridad del sendero. Había perdido todo sentido de la orientación en su deseo desesperado por escapar de ese imposible número de sapos. Se zambulló entre los débiles juncos y cañas, sobre la tierra que temblaba como gelatina debajo de él. Siempre pisándole los talones oía la caída suave y pesada de los sapos; los cuales a veces se alzaban como un muro que surgía de repente para impedir su paso y desviarle. Más de una vez, le sacaron del borde de los cenagales ocultos en los que habría caído de otro modo. Era como si le estuvieran llevando deliberadamente y todos a la vez hacia un destino en concreto.

Ahora, como si se hubiera levantado una densa cortina, la niebla se marchó, y Pierre vio ante él en el deslumbramiento dorado del brillo del sol de la mañana los sauces verdes que crecían densamente rodeando la choza de Mére Antoinette. Los sapos habían desaparecido del todo, aunque podría haber jurado que cientos de ellos estaban saltando a su lado sólo un segundo antes. Con una sensación de miedo, indefensión y pánico, supo que aún se encontraba en las tierras de la bruja; que los sapos eran en realidad sus siervos, tal y como muchos creían. Habían evitado su fuga, y le Habían traído de vuelta junto a la nauseabunda criatura... ya fuera mujer, batracio, o ambas cosas... conocida como La Madre de los Sapos.

Las sensaciones de Pierre eran las de alguien que durante un instante se hunde aún más en unas arenas movedizas negras y sin fondo. Vio a la bruja salir de la choza y dirigirse hacia él. Sus dedos gruesos, con pliegues de piel pálidos entre ellos como los inicios de una telaraña, se extendían y se alisaban sobre la copa vaporosa que llevaba. Una ráfaga repentina de viento llegó de la nada, levantando la ligera falda de Mére Antoinette alrededor de sus muslos gordos, y llevando a las fosas nasales de Pierre las especias calientes y familiares del vino drogado. "¿Por qué te has ido tan deprisa, pequeñín?" Había un tono de lisonja amorosa en la pregunta de la bruja.



"No debería haber dejado que te fueras sin tomar otra copa de buen vino tinto, preparado y lleno de especias para calentar tu estómago... Mira, lo he preparado para ti... sabiendo que volverías."

Se acercó mucho a él mientras hablaba, mirándole con lascivia, moviéndose de lado a lado, y sosteniendo la copa en dirección a los labios de él. Pierre se mareó debido a los extraños humos y apartó la cabeza. Parecía que un conjuro paralizante se había hecho con sus músculos, porque ese movimiento tan sencillo requirió un inmenso esfuerzo.

Su mente, sin embargo, aún estaba despejada, y la repulsión nauseabunda de la pesadilla de la mañana volvió a él. Vio de nuevo a la gran sapa que estaba tumbada a su lado cuando se despertó.

"No beberé tu vino", dijo con firmeza. "Eres una fétida bruja, y te detesto. Déjame ir."

"¿Por qué me detestas?" croó Mére Antoinette.. "Ayer por la noche me amabas. Te puedo dar todo lo que las demás mujeres dan... y más aún."

"No eres una mujer," dijo Pierre. "Eres una gran sapa. Te he visto en tu verdadera forma esta mañana. Prefiero ahogarme en las aguas del pantano a dormir contigo otra vez."

Un cambio indescriptible se operó en la hechicera antes de que Pierre hubiera terminado de hablar. La lascivia desapareció de sus rasgos gruesos y pálidos, por un instante, de forma inhumana, los dejó sin expresión. Entonces sus ojos parecieron salirse de sus cuencas y le miraron asombrados, de manera horripilante, y todo su cuerpo pareció hincharse de veneno.

"¡Vete, entonces!" espetó con una virulencia gutural. "Pero pronto desearás haberte quedado..."

La extraña parálisis había abandonado los músculos de Pierre. Era como si el mandato de la bruja furiosa hubiese servido para revocar un conjuro insidioso y medio lanzado. Sin

ninguna mirada o palabra de despedida, Pierre le dio la espalda y huyó con pasos largos y apresurados, casi corriendo, en dirección a Les Hiboux.

No había andado más que unos cien pasos cuando la niebla comenzó a volver. Se enrollaba en dirección a la orilla en grandes cantidades desde los pantanos, manaba como si fuera humo de la misma tierra bajo sus pies. Casi al instante, la luz del sol se atenuó convirtiéndose en un disco plateado y pálido y desapareció. El cielo azul se perdió en el vacío pálido y en ebullición que había en lo alto. El sendero que estaba delante de Pierre se vio tapado hasta el punto de parecer que caminaba por el borde escarpado de un abismo blanco que se movía con él mientras avanzaba.



La extraña niebla se acercó aún más a Pierre, y con los brazos fríos y húmedos de los espectros, con los dedos fríos de la muerte le agarraban y acariciaban. La niebla se espesó en sus fosas nasales y en su garganta, goteaba en forma de un rocío intenso de sus prendas. Le ahogaba con el nauseabundo olor de aguas fétidas y putrefacción rezumante... y con un hedor como de cadáveres licuados que habían llegado a la superficie por algún resquicio entre la ciénaga. Entonces, desde la blancura vacía, los sapos asaltaron a Pierre en una ola sólida que se levantó sobre su cabeza y le apartó del vago sendero con la fuerza de un mar que se desmaya mientras desciende. Cayó, chapoteando y luchando por mantenerse a flote en un mar repleto de batracios sin fin. El cieno estaba en su boca y en su nariz mientras luchaba por recuperar la verticalidad. El agua, sin embargo, sólo le llegaba a las rodillas, y el fondo, aunque resbaladizo y rezumante, le mantenía sin mucho esfuerzo cuando estaba en pie.

Discernió indistintamente a través de la niebla el margen cercano desde el que se había caído. Pero sus pasos eran obstaculizados extraña y horriblemente por las aguas que bullían con sapos cuando se esforzaba por alcanzarlo. Centímetro a centímetro, con un pánico desesperado que se agrandaba dentro de él, luchó por llegar a tierra firme en la orilla. Los sapos brincaban y se revolcaban a su alrededor en remolinos mareantes. Giraban como una corriente viscosa alrededor de sus pies y espinillas. Se extendían y crecían como un río en grandes ondulaciones repugnantes que chocaba contra sus lentas rodillas.

Sin embargo, consiguió avanzar despacio y dolorosamente, hasta que sus dedos extendidos casi pudieron asirse a los delgados juncos que trepaban por la orilla. Entonces, desde esa orilla llena de niebla, cayó y se derrumbó sobre él una segunda avalancha de estos sapos demoníacos; y Pierre fue lanzado hacia atrás, sin poder remediarlo, hacia las mugrientas aguas.



Sujetado por la masa que se amontonaba y reptaba, y ahogándose en la nauseabunda oscuridad del fondo rezumante, arañó de forma débil a sus asaltantes. Por un momento, cayó en una extraña oscuridad. Sus dedos encontraron entre ellos los contornos de una forma monstruosa que era de algún modo como la de un sapo... pero más grande y pesada, como la forma de una mujer gorda. Al final, le pareció que dos pechos enormes se aplastaban junto a su cara.

Fin

La abadía de Thurnley

PERCEVAL LANDON
ILUSTRACIONES *de* GARY GIANNI

El libro de las casas encantadas
Septiembre 2005
Publicación de NORMA Editorial, S. A.



Hace tres años iba de camino al Este y, puesto que me era imprescindible pasar un día más en Londres, tomé el tren correo a Brindisi del viernes por la mañana en lugar del habitual expreso matutino del jueves a Marsella. A mucha gente le horroriza la idea de hacer un largo viaje de 48 horas en tren a través de Europa para, a continuación, cruzar el Mediterráneo a dieciocho nudos en el *Isis* o en el *Osiris.* Pero para mí no suponen un inconveniente ni el tren ni el barco correo y, salvo que no tenga absolutamente nada que hacer, prefiero quedarme ese día y medio de más en Londres. En aquellas fechas, aproximadamente a principios de septiembre, había pocos pasajeros y dispuse de un compartimento para mí solo en el P. & O. Indian Express a partir de Calais. El viaje era como cualquier otro. Nos acostamos después de la comida, pasamos la tarde leyendo libros amarillentos y, a ratos, charlábamos de fruslerías en la sala de fumadores, el lugar en el que conocí a Alastair Colvin.

Colvin era un hombre de estatura media, con una mandíbula de corte perfecto y de pelo tirando a gris. El sol había blanqueado su bigote pero, por otro lado, estaba perfectamente afeitado: era, obviamente, un caballero, pero también un hombre preocupado. No tenía un

ingenio especial. Al hablar, hacía las puntualizaciones habituales de forma correcta y osaría decir que evitaba entrar en banalidades, sólo porque hablaba menos que los demás.

Por supuesto nunca me pareció que tuviera importancia alguna. La mayoría de los pasajeros se encontraban ligeramente indispuestos después del traqueteo de 36 horas de tren. Pero la inquietud que percibí de algún modo en Colvin contrastaba con el porte y la dignidad que transmitían sus manos tan bien formadas, fuertes, robustas y de uñas perfectas. Mientras observaba sus manos me percaté de una cicatriz alargada, profunda y reciente de forma irregular. Sin embargo, resultaría absurdo querer dar a entender que pensé que era algo extraño en aquel momento. Me retiré a las cinco en punto del domingo para dormir una hora o dos antes de llegar a Brindisi.



Al llegar, una veintena escasa de pasajeros hicimos el transbordo con nuestro equipaje de mano, comprobamos nuestros camarotes y, después de deambular durante media hora por Brindisi, fuimos al Hotel International para la cena, no totalmente sorprendidos de que aquélla fuera la ciudad en la que murió Virgilio. Después, mientras miraba absorto una enredadera que desbordaba la celosía por la que trepaba, Colvin atravesó la habitación hasta llegar a mi mesa. Cogió el ejemplar de *Il Secolo,* pero casi inmediatamente desistió en su intención de leerlo. Se giró, me miró a los ojos y dijo:

— ¿Podría hacerme un favor?

La gente no suele hacer favores a alguien que ha conocido casualmente en un tren expreso continental sin saber más de lo que yo sabía sobre Colvin. Sonreí con cara de circunstancias y le pregunté qué quería. En parte, no me había equivocado al juzgarlo. Dijo sin rodeos:

— ¿Me permite dormir en su camarote del *Osiris*? dijo a la vez que se sonrojaba ligeramente.

No hay nada que me resulte más tedioso que tener que aguantar a un compañero de viaje en medio del mar, y le pregunté intencionadamente:

— ¿Pero no nos correspondía una habitación a cada uno? Pensé que le habría tocado compartir camarote con algún árabe mugriento y que quería evitarlo a toda costa.

— Sí, tengo un compartimento para mí solo. Pero me haría el mayor de los favores si compartiese el suyo conmigo — , dijo Colvin algo confuso. No había ningún problema, pero, además del hecho de que siempre duermo mejor cuando estoy solo, había habido algunos robos recientes en los barcos de pasajeros ingleses, y dudé por unos instantes, por muy

sincero, honesto y tímido que fuera Colvin. Cuando el tren correo llegó con su estruendo y echando vapor a borbotones, le pedí que nos volviéramos a ver cuando el barco hubiese zarpado, y me respondió de forma tajante, en parte supongo que por haber intuido desconfianza en mis palabras: "Soy miembro de White's". Sonreí para mis adentros y pensé por unos instantes que aquel hombre, si realmente era lo que decía ser, y no dudo que lo fuera, lo había soltado para demostrar su respetabilidad a un completo desconocido en un hotel de Brindisi.

Aquella tarde, a medida que nos alejábamos de las luces verdes y rojas del puerto de Brindisi, Colvin estuvo hablando conmigo. Esto fue, con sus mismas palabras, lo que me contó:

«Cuando estaba viajando por la India hace unos años, entablé amistad con un joven en la selva. Acampamos juntos durante una semana y encontré en él un excelente compañero. John Broughton era una persona muy dicharachera en los ratos de ocio, a la vez que constante y capacitada para resolver los pequeños problemas que surgían constantemente en aquel departamento. Los nativos le querían y confiaban en él, y, aunque se contentara con escaparse de vez en cuando a la civilización, a Simia o Calcuta, Broughton aseguró su futuro cuando le fue encomendada una finca de una extensión considerable y por fin pudo sacudirse la arena de las llanuras hindúes y regresar a Inglaterra. Se estuvo dejando caer por Londres durante cinco años. Quedábamos de vez en cuando. Comíamos a menudo y pude comprobar con total precisión el hastío que le iba causando a Broughton gradualmente una vida tan ociosa. Al final me dijo que había decidido casarse y quedarse en su hacienda, la abadía de Thurnley, que llevaba mucho tiempo cerrada. Habló de encargarse de la propiedad y presentarse a las elecciones de su distrito. Vivien Wilde, su prometida, había empezado, imagino, a llevarlo por donde ella quería.

«Entre otras cosas, le pregunté sobre la abadía de Thurnley. Me confesó que apenas conocía aquel lugar. El último propietario, un hombre llamado Clarke, había vivido en un ala de la finca durante 15 años sin ver absolutamente a nadie. Había vivido como un avaro y un ermitaño. Era muy extraño ver alguna luz encendida en la abadía cuando oscurecía. Hacía encargos para abastecer sus necesidades mínimas y los iba a recoger en persona a la puerta. El único sirviente que había tenido, un mestizo, se había marchado de repente y sin avisar después de haber estado allí un mes y había regresado a los Estados del Sur. Broughton se quejaba amargamente de una cosa: Clarke había difundido el rumor entre los aldeanos de que la abadía estaba encantada e, incluso, había llegado a hacer burdos trucos con un quinqué y sal para espantar a los intrusos. "Le habían descubierto haciendo semejantes disparates, pero el rumor se había extendido y nadie — decía Broughton — osaba acercarse al lugar salvo a plena luz del día. La abadía encantada de Thurnley — afirmaba con una sonrisa en la cara — ya formaba parte de la liturgia de los lugareños". Pero él y su esposa se habían propuesto cambiar las cosas. ¿Iba a ofrecerme cuando quisiera? Por supuesto que sí, y por supuesto tampoco haría nada sin la invitación oportuna».

«Decidieron reformar la casa, pero no se eliminó ni un solo mueble ni ningún tapiz. Cambiaron el techo y el suelo; impermeabilizaron de nuevo la azotea y quitaron el polvo que se había acumulado a lo largo de medio siglo. Recibía el nombre de abadía, aunque en realidad no pasaba de ser un dispensario perteneciente a la abadía de Clouster, abandonada hacía ya tiempo, a unas millas de distancia. La mayor parte del edificio permanecía como si todavía estuviera en los años previos a la Reforma, pero se había añadido un ala en la época

jacobina, precisamente la parte del inmueble que se había encargado de reformar el Sr. Clarke. Había instalado puertas de madera en la planta baja y en el primer piso, en el pasillo que une la parte antigua con la jacobina, unas puertas recias y pesadas reforzadas con hierro, y había ignorado por completo el resto del edificio. Allí quedaba todavía mucho trabajo por hacer.

«Broughton, al que había visto dos o tres veces en Londres durante ese tiempo, se regocijaba con el rechazo frontal de los trabajadores a quedarse allí al caer el sol. Y a pesar de haber luz eléctrica en todas y cada una de las habitaciones, nada les podía retener, aunque, como decía Broughton, la luz eléctrica era la muerte para los fantasmas. La leyenda de los fantasmas de la abadía había ido demasiado lejos y aquella gente no quería correr ningún riesgo.

«Volvían a casa en grupos de cinco o seis personas e, incluso a plena luz del día, cotorreaban sin cesar preocupados por si le pasaba algo a algún compañero que quedara fuera de su vista. En general, aunque en ningún momento había aparecido absolutamente nada, ni siquiera ante las mentes más retorcidas, a lo largo de los cinco meses que duraron los trabajos en la abadía, la creencia en los fantasmas se fue reforzando en lugar de ir a menos, debido al nerviosismo que los propios trabajadores confesaban y a una tradición local que se declaraba a favor de la existencia del fantasma de una monja emparedada.

«"¡Pobre monjita!", dijo Broughton. Le pregunté si realmente barajaba la posibilidad de que existieran los fantasmas y, para mi sorpresa, me contestó que no podría asegurar rotundamente que no creía en ellos. Un hombre en la India le había dicho una mañana durante una acampada que creía que su madre acababa de morir en Inglaterra ya que había tenido una visión de ella en su tienda la noche anterior. No se había asustado, sino que había permanecido en silencio y la figura desapareció como había llegado. Después, con el primer *dak—walla,* llegó un telegrama que anunciaba la muerte de su madre. "He ahí la razón", dijo Broughton. Pero en Thurnley fue tremendamente pragmático. Maldecía el estúpido egocentrismo de Clarke, cuyas absurdas niñerías habían sido el origen de todos los problemas. A la vez, tampoco podía evitar sentir una cierta compasión por aquellos trabajadores ignorantes. “— En mi opinión — dijo — , si alguna vez se cruza en tu camino un fantasma lo que tienes que hacer es hablar con él."



»Le di la razón. Por lo poco que conocía el mundo de los fantasmas y sus costumbres, recordaba que los espectros no esperan que los demás les dirijan la palabra. No parecía requerir un gran esfuerzo y estaba convencido de que el sonido de nuestra propia voz reafirma, de algún modo, nuestra propia debilidad. Pero hay pocos fantasmas fuera de Europa, pocos, por los que este hombre ha podido ver, y nunca me las había tenido que ver con ninguno. Sin embargo, como he dicho, le di la razón a Broughton.

«Así que se celebró la boda y asistí con un sombrero alto que había comprado especialmente para la ocasión, y la recién casada Sra. Broughton me sonrió con mucha amabilidad.

«Torné el Orient Express aquella misma tarde como estaba previsto y estuve fuera de Inglaterra durante seis meses. Poco antes de mi regreso, recibí una carta de Broughton. Me preguntaba si nos podríamos ver en Londres o si podía ir a Thurnley, puesto que pensaba que le podría ayudar mejor que nadie. No tenía nada que hacer, así que, después de ocuparme de unos asuntos que habían quedado pendientes durante mi ausencia, me preparé el macuto y salí para Euston. Me recogió la gran limusina de Broughton en la estación de Thurnley Road, y tras siete millas de trayecto ya se advertía la abadía tras un amplio campo de pasto.



«Broughton me había visto llegar desde lejos y dejó a un lado al resto de los invitados para venir a recibirme. No había duda de que aquel hombre estaba alterado, muy alterado. Estaba nervioso, inquieto; le descubrí mirándome sólo cuando creía que no le veía. Naturalmente le pregunté qué quería de mí. Le dije que haría todo lo posible, pero no imaginaba que me pediría algo que escapaba a mis posibilidades. Con una sonrisa desdibujada me dijo que tenía algo que contarme, pero que tendría que ser a la mañana siguiente. Me sorprendió que, de algún modo, se sintiera avergonzado de sí mismo y quizás también por lo que estaba a punto de pedirme. Sin embargo, me quité esa idea de la cabeza y fui a cambiarme a mi alcoba.

«Era una estancia muy amplia, con vigas de roble que soportaban el techo blanco. Cada pulgada de la pared, incluyendo las puertas, estaba cubierta con moqueta; eso y una elegante cama de estilo italiano dotaban de oscuridad y solemnidad al lugar. Los muebles eran viejos, de buena fábrica y oscuros. A mis pies tenía una moqueta verde, lo único nuevo de aquella habitación, sin contar la instalación eléctrica, las jarras y la jofaina. Incluso el espejo del vestidor era un viejo espejo piramidal de estilo veneciano que descansaba sobre un firme marco de plata que había perdido el brillo.

«Después de arreglarme durante unos minutos, bajé al piso principal. Durante la cena no pasó gran cosa. Los invitados se parecían mucho a los que estaban en la fiesta en el jardín. Una joven que se encontraba junto a mí parecía ansiosa por saber qué se estaba leyendo por Londres. Estaba más familiarizada que yo mismo con las revistas más en boga y los suplementos literarios, así que mis conocimientos sobre narrativa moderna fueron mi salvación. Tenía un carácter jovial, y los destellos de la plata y la cristalería, junto con la luz tenue y el leve murmullo de la conversación alrededor de la mesa, hacían que aquel lugar no tuviese una apariencia horrible.



»Cuando la damas se retiraron acabé charlando con el párroco de la zona. Era un hombre delgado y serio, que enseguida cambió de tema para empezar a hablar de las bufonerías de Clarke. En cambio, dijo que el Sr. Broughton había traído consigo un espíritu renovador y alegre, no sólo a la abadía, sino que podría decirse que también a todo el vecindario; tenía unos anhelos que las supersticiones ignorantes del pasado habían condenado al olvido. Al respecto, la persona que se encontraba a su lado, un caballero grueso, adinerado y de buena

posición, dijo en voz alta "Amén", comentario que desanimó al párroco, y obligó a que la conversación derivara a la temporada anterior, de perdices; a la actual, y a la próxima, de faisanes. Al otro lado de la mesa, Broughton estaba acompañado de dos amigos, dos cazadores de tez rubicunda. Me percaté de que estaban hablando sobre mí, pero no le di importancia en aquel momento. Me acordé unas horas más tarde.

«Alrededor de las once ya no quedaba ningún invitado y Broughton, su mujer y yo estábamos solos bajo el techo de escayola del salón jacobino. Su esposa estuvo hablando de una o dos de las personas que tenía a su lado y, a continuación, me sonrió y me pidió que la disculpara, me estrechó la mano y se fue a la cama. No se me da muy bien analizar las cosas, pero tuve la sensación de que se había sentido un tanto incómoda mientras estábamos hablando, había sonreído por compromiso y, evidentemente, estaba más que contenta por irse. Parecían nimiedades que podrían volver a repetirse en cualquier otra ocasión, pero tenía el presentimiento de que no estaba todo tan claro. En aquellas circunstancias, ya había llegado al punto de preguntarme para qué diablos habían solicitado mis servicios o si, incluso, no había sido más que una broma sin gracia para hacerme venir desde Londres para participar en una simple jornada de caza.

»Broughton apenas pronunció palabra cuando se marchó su mujer. Pero mostraba su empeño en reconducir la conversación al tema de las apariciones en la abadía. En cuanto me di cuenta de la situación, le pregunté directamente por el asunto, pero le restó importancia al tema. No había ninguna duda al respecto: Broughton era un hombre diferente y, a mi entender, no había cambiado precisamente a mejor. Parecía que su esposa no era el único motivo. Era obvio que estaba muy enamorado, y ella también. Le recordé que me había dicho que a la mañana siguiente me explicaría el porqué de mi visita, encendí una vela y subí las escaleras con él. Al final del pasillo que conduce a la parte vieja de la casa, sonrió ligeramente y dijo: "Atiende, si ves un fantasma, háblale; dijiste que lo harías." Durante unos instantes se quedó de pie dubitativo y después se marchó. Se detuvo de nuevo en la puerta de su vestidor: "Aquí estaré dijo en voz alta, por si necesitas alguna cosa. Buenas noches." Y cerró la puerta.

«Crucé el pasillo que conducía a mi habitación, me quité la ropa, encendí la lámpara que había junto a mi cama, leí unas páginas de *El libro de la selva* y, cuando ya estaba más que dispuesto a dormirme, apagué la luz y me adormecí enseguida.

»Me desperté tres horas más tarde. En el exterior no soplaba ni una brizna de aire. No quedaba ni el más leve resplandor de la chimenea. Mientras me encontraba allí, un pequeño rescoldo brilló instantes antes de enfriarse, pero tan sólo fue un destello del más apagado de los rojos en el enrejado. Una lechuza ululaba entre los silenciosos castaños de la colina. Repasé lo sucedido durante el día, con el deseo de volver a quedarme dormido antes de llegar a la cena. Pero, en el fondo, me sentía más débil que nunca. No servía de nada. Tenía que volver a leer *El libro de la selva* hasta que me quedara completamente dormido, así que cogí el interruptor que colgaba de un cable en el cabezal y encendí la lámpara de la mesita de noche. En ese momento sentí cómo me deslumbraba muy agradablemente. Busqué mi libro debajo de la almohada con los ojos entreabiertos. Después, cuando ya se habían acostumbrado, los abrí y se me ocurrió mirar a los pies de la cama.

»No podría explicarle lo que sucedió en realidad. Nada que pudiera contar con las palabras más abyectas podría describir mínimamente lo que sentí. Se me paró el corazón como si estuviera muerto y de mi boca no salió sonido alguno. Instintivamente, me encogí

hacia el cabezal mientras observaba con horror aquella escena. Al moverme mi corazón recuperó el latido y rezumaba sudor por todos y cada uno de los poros. No soy un hombre especialmente religioso, pero siempre he creído que Dios jamás permitiría que cualquier aparición sobrenatural se mostrase al hombre de tal manera y que, en ese caso, tampoco permitiría ningún tipo de daño físico o mental. Tan sólo puedo decirle que, en aquel instante, la vida y la razón se tambalearon".

El resto de los pasajeros del *Osiris* se habían ido a la cama. Colvin y yo estábamos solos en el pasamanos de estribor, en medio de los incómodos bandazos que daba sin cesar aquel barco sobrepropulsado. A lo lejos se divisaban las luces de unas cuantas embarcaciones de pesca que se aventuraban en la noche, mientras navegábamos entre súbitas embestidas de agua espumosa que chocaba contra el costado del barco.



Colvin prosiguió: «Recostada a los pies de mi cama, aquella figura cubierta por una tela raída y andrajosa me observaba. El sudario le cubría la cabeza, pero le quedaban al descubierto los ojos y el lado derecho del rostro. La tela le caía por el brazo hasta la mano con la que se sujetaba a la cama. La cara no llegaba a ser una calavera, a pesar de que ya no tenía ni ojos ni carne. Sus facciones todavía estaban perfiladas por una piel tersa, seca y delgada, y todavía le quedaba piel en las manos. Un mechón de pelo le cruzaba la frente. Permanecía quieto y en silencio. Le miré, me miró, y la sangre se me heló por completo. Todavía sostenía el interruptor y lo manoseé inútilmente: no osaba encender la luz de nuevo. Cerré los ojos pero tan sólo para volverlos a abrir al instante aún más aterrorizado. Aquello no se había movido de su sitio. El corazón me latía violentamente y el sudor me dejaba helado a medida que se iba evaporando. Otro rescoldo centelleó en la chimenea y crujió uno de los paneles de la pared.

»Perdí la lucidez. Durante veinte minutos, o veinte segundos, no pude dejar de pensar en aquella figura horripilante hasta que llegó, por los vacíos canales de mis sentidos, el recuerdo de la conversación que había mantenido con Broughton y sus amigos durante la cena. Pensar en la más remota posibilidad de que aquello fuera una burda patraña llegó, incluso, a calmar mi alma atormentada y, acto seguido, a inundarme las venas de un valor inusitado. Mi primera reacción fue dar gracias, casi sin sentido, porque mi cerebro pudiese aguantar semejante situación. No soy un hombre temeroso, pero cualquiera de nosotros necesita el respaldo de sus congéneres para tranquilizarse en casos de extrema gravedad o en una

situación como aquélla, en la que encontré el apoyo que necesitaba en la leve pero a la vez creciente esperanza de que todo fuera una broma de mal gusto. Finalmente, pude moverme.

»No le puedo explicar cómo lo hice, pero di un salto hasta los pies de la cama y le asesté un puñetazo terrible a aquella cosa. Se vino abajo y me encontré con la mano llena de cortes. Aquel espanto me produjo una sensación nauseabunda y casi caigo desmayado encima de la cama. En el fondo no había sido más que un sucio engaño. Sin duda, ya se había llevado a cabo con anterioridad en más de una ocasión. Sin duda, Broughton y sus amigos habrían apostado grandes sumas para acertar cuál sería mi reacción al descubrir aquel horror. Sumido en el más abyecto de los horrores sentí en mí una cólera desmesurada. Maldije a Broughton.



«Repté, no se puede expresar de otra manera, por encima de la cama hasta los pies. Me abalancé con vehemencia sobre el esqueleto cubierto de trapos, del que, por cierto, me preguntaba cómo lo habrían llevado hasta allí, estrellé el cráneo contra el suelo y pisoteé sus huesos quebradizos. Arrojé la cabeza, que cayó debajo de la cama, y rompí los huesos del tronco en mil pedazos. Partí los más delgados con las rodillas y los lancé por todas partes. Recosté los huesos de las espinillas sobre un taburete y los quebré con los talones. Perdí la razón ante aquel objeto tan asqueroso. Arranqué las costillas del espinazo y estampé el esternón contra la estantería. La furia aumentaba a medida que proseguía con mi labor destructiva. Rasgué el frágil velo en mil pedazos y toda la estancia se llenó de polvo, hasta el papel secante y el tintero de plata. Había concluido. Todo estaba lleno de huesos rotos, trozos de pergamino y lana deshecha. Cogí un fragmento del cráneo (recuerdo que era la mandíbula y la sien derecha), abrí la puerta y crucé el pasillo hasta la habitación de Broughton. Todavía recuerdo cómo el pijama, empapado en sudor, se me pegaba a la piel mientras caminaba. Di una patada a la puerta y entré.

»Broughton estaba en la cama. Ya tenía la luz encendida y parecía estar arredrado y sumido en el pánico. A duras penas, recuperó la compostura durante unos instantes. Entonces, hablé. No sé lo que dije. Sólo sé que, preso por la rabia y el menosprecio, avivado por la vergüenza de mi cobardía, dejé que la lengua fuera a su aire. No me contestó. Me sorprendió la fluidez de mi verbo. El pelo me caía lacio por encima de las sienes, me sangraba

la mano profusamente y debía de tener un aspecto lamentable. Broughton se acurrucó hacia el cabezal igual que yo lo había hecho antes. Siguió sin decir palabra ni mostró ninguna resistencia. Parecía que algo más, aparte de mis reproches, le preocupaba y se humedeció los labios una o dos veces. No podía articular palabra, aunque no paraba de mover las manos, igual que un bebé cuando todavía no sabe hablar.

«Finalmente se abrió la puerta del dormitorio y entró la Sra. Broughton, pálida y horrorizada: "¿Qué es todo esto? ¿Qué es todo esto? ¡Por el amor de Dios! ¿Qué significa todo esto?", gritaba una y otra vez. Entonces, se acercó a su marido, se sentó en la cama en camisón y los dos me miraron. Le expliqué cuál era el problema. En su presencia, no le dirigí la palabra a él. Aunque parecía que apenas se daba cuenta. Le dije a la pareja que había arruinado su estúpida broma. Broughton levantó la mirada.

»"He destrozado aquella cosa en mil pedazos", dije. Broughton volvió a humedecerse los labios y abrió la boca. "¡Por Dios! grité — , deberías darme las gracias por no lincharte hasta dejarte en las puertas de la muerte. Me encargaré personalmente de que ninguna de mis amistades te vuelva a dirigir la palabra en tu vida. Y aquí — añadí mientras tiraba el cráneo al suelo junto a su cama — , aquí tienes un recuerdo del macabro juego que has organizado."

» Broughton vio aquellos huesos en el suelo y entonces fue él el que empezó a asustarme. Empezó a chillar como una liebre atrapada en un cepo. Gritó y gritó hasta que la Sra. Broughton, tan perpleja como yo, lo zarandeó y le riñó como a un niño. Pero Broughton, que, al moverse, supuse que tendría un aspecto tan deplorable como el mío diez minutos antes, la apartó con brusquedad, gateó hasta alcanzar el suelo y, sin dejar de gritar, cogió el hueso con las manos. Estaba manchado con mi propia sangre. No me prestó ningún tipo de atención. En realidad, tampoco dije nada. Era un sobresalto más para una noche de terror. Se levantó del suelo con el hueso en la mano y se quedó en silencio. Estaba expectante. "Es cuestión de tiempo —murmuró casi a la vez que se caía cuán largo era encima de la moqueta y se hería la cabeza contra la reja de la chimenea. El hueso que asía salió volando y cayó a mi lado, cerca de la puerta. Levanté a Broughton: tenía el rostro demacrado y lleno de heridas, estaba cubierto de sangre. Susurró con voz ronca y apresuradamente, "¡Escuchad, escuchad!". Y así hicimos.

«Después de diez segundos del más absoluto silencio, me pareció escuchar algo. No podría estar seguro, pero a continuación se despejaron todas las dudas. Era un ruido leve, como si alguien estuviese en el pasillo.

»Unos pasos pequeños y regulares sobre el suelo de roble macizo se aproximaban hacia nosotros. Broughton se acercó hasta el lugar en el que estaba sentada su esposa, pálida y sin poder hablar, y apretó su cara contra el hombro.

»Vi cómo metía la cabeza debajo de la almohada antes de que apagara la luz. Algo en su compañía, algo en su cobardía, me animó a mirar hacia la puerta abierta de la habitación, por la que se podía ver gracias a la luz tenue del pasillo. Estiré el brazo y toqué el hombro de su mujer en la oscuridad, pero también me vine abajo en el último momento. Encogí las rodillas y oculté la cara dentro de la cama. Solamente oíamos. Los pasos llegaron hasta la puerta y se detuvieron. El trozo de hueso se encontraba a poca distancia de aquel lugar. Se oía un ruido muy débil, como si algo se estuviera moviendo, y aquella cosa estaba dentro de la habitación. La Sra. Broughton permanecía en silencio, aunque pude oírla rezar mientras mantenía la cara contra la almohada. Yo maldecía mi propia cobardía. Después, los pasos se volvieron a oír mientras se marchaban sobre los tablones de roble del pasillo y percibí que el sonido era cada

vez más débil. En un momento de remordimiento, me acerqué a la puerta para asegurarme. Al final del pasillo vi cómo algo se iba alejando. Al cabo de unos instantes, el pasillo estaba vacío. Me quedé con la frente apoyada en la jamba de la puerta, trastornado y hasta mareado.

«Puedes encender la luz", dije, y obtuve un resplandor como respuesta. No había ningún hueso bajo mis pies. La Sra. Broughton se había desmayado. Había perdido el conocimiento y me costó diez minutos que volviera en sí. Broughton, por su parte, sólo dijo una cosa que consideré que valía la pena recordar. Parecía que tan sólo estaba murmurando oraciones, pero luego me alegré cuando entendí sus palabras. Dijo, con la voz casi apagada, preguntándome a la vez que me lo echaba en cara: "No has hablado con ella."

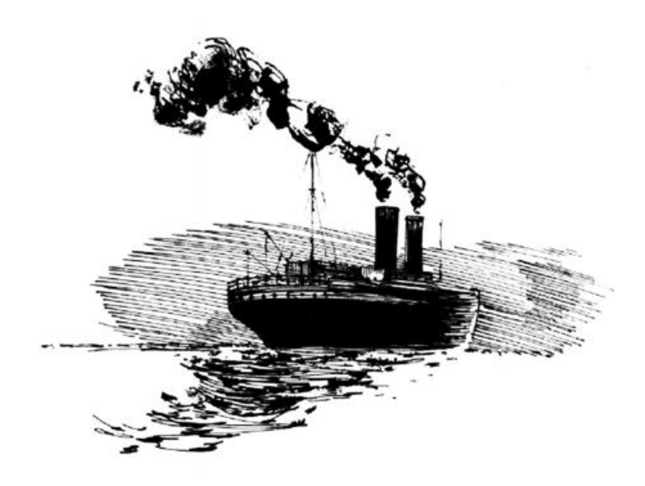


«Pasamos el resto de la noche juntos. La Sra. Broughton se quedó dormida poco antes del amanecer, pero era tal el sufrimiento que le estaban causando las pesadillas, que tuve que despertarla bruscamente. Jamás había tardado tanto en amanecer. Broughton hablaba para sí mismo constantemente. Su esposa tan sólo podía cogerle el brazo con fuerza, pero no era capaz de hablar. Por mi parte, debo admitir que me sentía peor conforme pasaban las horas y la luz se desvanecía. Aquellos dos momentos tan violentos habían acabado con mi claridad y sentí que los cimientos de mi humanidad se desmoronaban como si estuvieran construidos de arena. No dije nada y, después de vendarme la mano con una toalla, me quedé inmóvil. Era lo mejor. Me habían ayudado y yo les estaba ayudando; los tres sabíamos que aquella noche habíamos estado a punto de perder la razón. Finalmente, cuando la luz del día fue llegando poco a poco, y el trino de los pájaros se oía en el exterior, sentimos que lo habíamos logrado. Pero no nos movimos. Quizás piense que no hubiera sido de nuestro agrado que los sirvientes nos hubieran encontrado en aquellas condiciones, pero en realidad no nos importaba lo más mínimo. Nos sentamos con una languidez aplastante hasta que Chapman, el criado de Broughton, llamó a la puerta y entró. Ninguno de nosotros se movió lo más mínimo.

«Broughton, con voz tosca y seca, dijo: "Vuelve en cinco minutos, Chapman." Era un hombre discreto, pero no nos hubiera importado que nos explicase cualquier cosa en aquel momento.

«Nos miramos los unos a los otros y comuniqué mi intención de regresar a mi habitación. En realidad esperaría fuera hasta que Chapman volviese. Simplemente no tenía valor suficiente para volver a entrar a mi habitación solo. Broughton se incorporó y dijo que me acompañaría. Su esposa aceptó quedarse en su dormitorio si corríamos las cortinas de par en par y se quedaban abiertas todas las puertas.

»Así que Broughton y yo, aguantándonos el uno al otro, bajamos hasta mi habitación. La luz de la mañana que penetraba a través de las cortinas nos permitió llegar hasta ellas y correrlas. No había nada anormal en la habitación salvo las manchas de mi propia sangre a los pies de la cama, sobre el sofá y sobre la alfombra en la que había despedazado aquella cosa».



Colvin había finalizado su narración. No había nada que añadir. Las siete campanas del castillo de proa repicaron en ese instante, y el grito de respuesta se transformó en un gemido en medio de la oscuridad. Bajamos al piso inferior.

«Ahora me encuentro mejor, por supuesto, y es toda una amabilidad por su parte que me deje dormir en su camarote».

Huyendo

Damián Trésel

Publicado en S.O.S.



Algún día contaré como, cuando sólo tenía 19 años, se me brindó la oportunidad de escribir guiones y relatos para un cómic de terror ("SOS", de la Editorial Valenciana). Como lo que yo quería era ser un buen escritor (de esos que, cuando se mueren, aparecen en los libros de texto), no quise que se publicaran con mi nombre, sino que me busqué un pseudónimo. Más de una vez me he arrepentido. No porque lo que escribí fuese tan bueno, sino porque, al fin y al cabo, obra mía era… También es verdad que más interesante que cualquiera de aquellos cuentos de terror (los guiones prefiero ni nombrarlos), sería el relato de cómo los pergeñé, de cómo llegaron a publicarse, de cómo empleé las pesetas que por ellos me pagaron y toda la gente que conocí en la recepción de la Editorial mientras esperaba que, a través de una ventanilla, un contable con visera me diera el sobre con mi dinero.

Como homenaje a aquella etapa de mi vida (y mientras llega el momento de recrearme escribiendo esa historia), he rescatado uno de ellos y lo transcribo (con algunas correcciones), ilustrándolo con un recorte de la publicación original.

HUYENDO

Al salir a la calle se subió el cuello del abrigo, luego se metió las manos en los bolsillos. El edificio que había abandonado tenía cinco pisos, era viejo y sus paredes estaban grises... Era un hombre alto, algo grueso, joven; llevaba los cabellos cortos y despeinados. Vestía un traje de color mostaza, sobre el que llevaba puesto un abrigo.

Vivía en el extremo contrario de la ciudad, en un barrio de las afueras; en realidad se encontraba bastante apartado del centro, en un lugar muy siniestro en el que las chabolas y las fábricas se mezclaban. Las calles eran de tierra y, a veces, entre los edificios se extendían

grandes descampados o largas paredes de almacenes que, con la falta de luz, daban al paraje un aspecto siniestro.

Aunque el autobús que estaba esperando le dejaba cerca de casa, no le apetecía en absoluto andar por allí a esas horas de la noche, en las que no se apreciaba más vida que la música que salía de alguna barra americana y la sospechada presencia de los hampones que se refugiaban en las sombras: prostitutas, carteristas, homosexuales... Si su trabajo no estuviese en ese mismo barrio, se habría quedado a dormir en casa de su novia.

El autobús fue puntual. Cuando lo vio aparecer, como una caja metálica que con suave "run—run" rompía el silencio de la noche, dio un suspiro de alivio; había temido tener que esperar durante media hora o más, como solía ocurrir otras veces. El interior estaba casi vacío. Una luz amarillenta y débil iluminaba tenuemente el ambiente, cargado de humo y vaho; los cristales estaban empañados y el vaivén de la marcha le había invitado a entornar los ojos. Tras limpiar el vidrio de una ventanilla con la palma de la mano, se fijó en la calle, aún más silenciosa y vacía conforme se alejaba del centro; las luces de las tiendas y los faroles pasaban entre la niebla dejando un difuminado rastro luminoso... Un par de hombres hablaban en voz baja en el otro extremo del autobús; aunque él sólo se había fijado en las sensuales piernas de la chica que tenía sentada en el asiento de enfrente.

Cuando algunas paradas más tarde el coche se quedó vacío, él también tuvo que bajar. Tenía que andar un rato y no le hacía ninguna gracia la idea. La niebla se estaba cerrando y aquél no era el lugar más apropiado para pasear a esas horas de la noche.

Hacía frío y, quizás por eso, ni siquiera se veían deambular a los colgados de siempre. Los descampados, las tapias grises de las fábricas y los siniestros edificios de rojo ladrillo lo inquietaban; en alguna esquina se veía un farol que torpemente iluminaba un pequeño espacio a su alrededor, haciendo más evidente la intensidad de la niebla. El silencio era molesto y pesado...

Un perro se oyó aullar a lo lejos y una sensación de angustia le invadió el cuerpo. Trató de animarse silbando por lo bajo una canción. Un coche le hizo cortar su tarareo, a la vez que le obligaba a saltar a la acera para evitar ser atropellado...

"Es un loco –supuso——. Sólo a un loco se le puede ocurrir circular a esa velocidad a estas horas de la noche y con esta niebla..."

Luego se le ocurrió pensar que el coche parecía huir... "¿Pero huir de qué? –se preguntó——. ¿De un robo, de un asesinato, de una violación…?" La sospecha se transformó en miedo. La niebla lo inquietaba. Aceleró el paso. El reloj de un campanario cercano había dado las horas. Presentía algo anómalo en el ambiente; aunque bien pudieran ser sólo escrúpulos; quizás sólo se estaba sugestionado y, a la mañana siguiente, se sonreiría de todas esas infantiles tonterías.

Pero no, no eran tales bobadas. Detuvo en seco sus pasos porque delante de él, escasamente iluminado por uno de los faroles, había un bulto que parecía un cuerpo humano. Se alarmó y sus manos comenzaron a temblar, mientras un sudor frío bañaba todo su cuerpo y la sangre se le helaba en las venas.

Trató de localizar a alguien con la mirada, pero entre la niebla sólo se divisaban las paredes de un almacén y las de una fábrica. Entre ambas formaban la calle. Un poco más adelante había un pequeño edificio con dos ventanas iluminadas.

Al acercarse junto al bulto pudo darse cuenta de que se trataba de una mujer. De buena gana hubiera pasado de largo, pero se detuvo. "Puede que necesite algo –pensó——. Tengo

que vencer el miedo y acercarme a ayudarle... Con el frío que hace estará helada... Tal vez esté drogada y necesite un médico". Deseaba echar a correr, huir... Pero una chispa de humanidad que permanecía viva en su corazón helado, se lo impidió.

Se trataba de una muchacha alta, estaba volcada boca abajo y vestía una trenca clara, sobre la que caía su melena rubia y desordenada. "No es lógico que una borracha cualquiera tenga este aspecto... O, ¿quién sabe?, ahora hay putas callejeras que tienen aspecto de marquesas... Me precipito al juzgar, no tiene por qué estar bebida o drogada, puede haber sufrido un mareo, quizás la hayan golpeado para robarle... ¿No estará muerta?". Tomándola por un hombro, le dio la vuelta.

De la garganta de la chica surgía un hilillo rojo, era muy pequeño, pero el corte del que manaba era profundo y por él la sangre había estado escurriendo hasta formar un charco negruzco en la tierra.

Soltó el cuerpo. Quiso gritar y el mismo miedo se lo impidió. ¿Seguiría el asesino por allí cerca? Quizás incluso lo estuviera viendo.

A sus espaldas le pareció oír unos pasos... Alguien se acercaba. Le pediría ayuda... Pero, ¿y si era el homicida? Esta idea lo paralizó en el sitio. Las piernas le temblaban. Sintió que iba a perder el conocimiento pero, de pronto e instintivamente, comenzó a correr. Ya no pensaba, ya no le importaba el cadáver de la chica; lo importante era correr... Se paró ante el portal del edificio cuyas ventanas había visto iluminadas. La puerta estaba cerrada. La golpeó con furia, pero sin resultado; hasta él sólo llegaba la voz de un televisor puesto a todo volumen y el sonido de unos pasos presurosos, que se oían al fondo de la calle... El miedo le impidió seguir allí parado, esperando a que alguien le oyera y abriese. Volvió a correr.

Su nueva meta era la fábrica, una fábrica textil que funcionaba toda la noche. Seguramente habría un portero. Dobló la esquina. El terror le hizo sentir cómo se le erizaban los pelos: confundido por la niebla, se había metido en un callejón sin salida. Acababa de tropezar con una pared y la oscuridad lo envolvía; no sabía qué hacer, le era imposible pensar, creyó que el corazón se le iba a salir del pecho. Volvió sobre sus pasos y empezó a correr para seguir rodeando la fábrica, en busca de la entrada.

Al salir le pareció verlo al principio de la calle, unos metros más atrás...

Alcanzó a llegar, pero la puerta estaba cerrada. La golpeó con fuerza. Dentro tenía que haber alguien. Pero sólo escuchaba sus golpes y unos pasos fuertes y secos que, rítmica e inexorablemente, se le acercaban.

Alcanzó a oír un disparo a sus espaldas. Sintió que todo le daba vueltas y que algo le quemaba las entrañas. Dejó de ver...

Entonces se abrió la puerta. El guardián llegó con el tiempo justo de evitar que su cadáver cayese al suelo.

YO FUI ASESINADO POR TU

Rivellprat



Publicado en S.O.S. nº 6
3 de mayo de 1975
Edival, S. A.

Nunca pude imaginar que se llegara tan lejos. Sin embargo, así ha sido y aquí me tenéis, esclavo de mi propio personaje.

No sé si estas cuartillas manuscritas llegarán a vosotros, pero necesito escribirlas, apresuradamente, sin tiempo para mayores detalles, porque veo llegar mi hora. Quizá tenga ocasión de contároslo todo. O quizá no posea la oportunidad suficiente. Nada puedo hacer por evitarlo. Nada podéis hacer para ayudarme. Dentro de poco, unos segundos o unos minutos, mi criatura vendrá a aniquilarme. Será una muerte rápida y, a la vez, muy cruel. Tan cruel y tan rápida que no podréis explicárosla. De ahí que desee dejaros escrito el proceso de una realidad. Y aun así, espero que no lo entendáis. Lo que más os confundirá será la ausencia del asesino, ya que el monstruo que he creado morirá conmigo, pues su existencia sólo existe en la imaginación del autor.

* * *

Todo comenzó una noche de miércoles a jueves. Regresaba del periódico. La casa, mi casa, se hallaba vacía; mi mujer había salido de viaje, con los niños, a pasar unos días en la ciudad en donde vivían sus padres.

Hacía frío o, por lo menos, yo lo sentía en mi cuerpo. La humedad de la madrugada se había avecindado en mis carnes y las paredes de la vivienda me recibían con el hielo acumulado en las horas de soledad con que habían transcurrido la jornada.

Calenté agua en la cocina de gas. Con una pequeña parte del líquido hervido, me hice una infusión de hierbas; con la otra, mezclada con la corriente del grifo, llené una bolsa de goma que coloqué entre las sábanas de la cama.

Ya en pijama, acostado en el lecho, tomé aquella bebida reconfortante, encendí un cigarrillo y comencé a leer, en espera del sueño.

"Al oeste de Arkham, las colinas empinadas y selváticas encierran unos valles con bosques tupidos, cuyos árboles jamás fueron cortados por un hacha. En medio de los barrancos, sombríos y encañonados..."



Se trataba de un relato, "El color de allende el espacio", perteneciente a la colección narrativa de Lovecraft, "Necronicón". Howard Phillips Lovecraft (1890—1937) subsistió pobremente como corrector de autores poco conocidos; sólo después de su muerte logró ganarse el merecido título de maestro americano de cuentos macabros, uniendo su nombre a los de Poe, Bierce, Hawthorne y otros escritores del género.

"De repente, sin ningún aviso, esa cosa espantosa se disparó hacia el cielo como un cohete o un meteoro, sin dejar ningún rastro tras ella y desapareciendo por un agujero circular y extraño entre las nubes antes de que..."

Confieso que la lectura de la narración me había aprehendido fuertemente no permitiendo la llegada del sueño. Y así, con los ojos bien abiertos, continué leyendo la historia de Lovecraft hasta encontrarme con el punto final.

¿Quién dormía ahora? Quizá me hubiese desvelado. No obstante, había otra fuerza, superior, que me obligaba a abandonar la cama, a levantarme y entrar a mi despacho para trabajar.

Aquello era, definitivamente, obsesivo. En ' algunas ocasiones, me había sucedido lo mismo. Pero esta vez la cosa era especial, como más irresistible y dominadora. Parecía como si yo no tuviera que hacer nada, pues algo extraño me conducía.

De este modo, un poco morbosamente, me dejé llevar como quien, flotando en su superficie, se abandona a merced de las olas del mar próximas a la playa.

* * *

El silencio era casi completo en aquel cuarto interior. Los vecinos descansaban todavía. De tarde en tarde, algún ruido lejano del motor de un vehículo que circulaba por la calle.

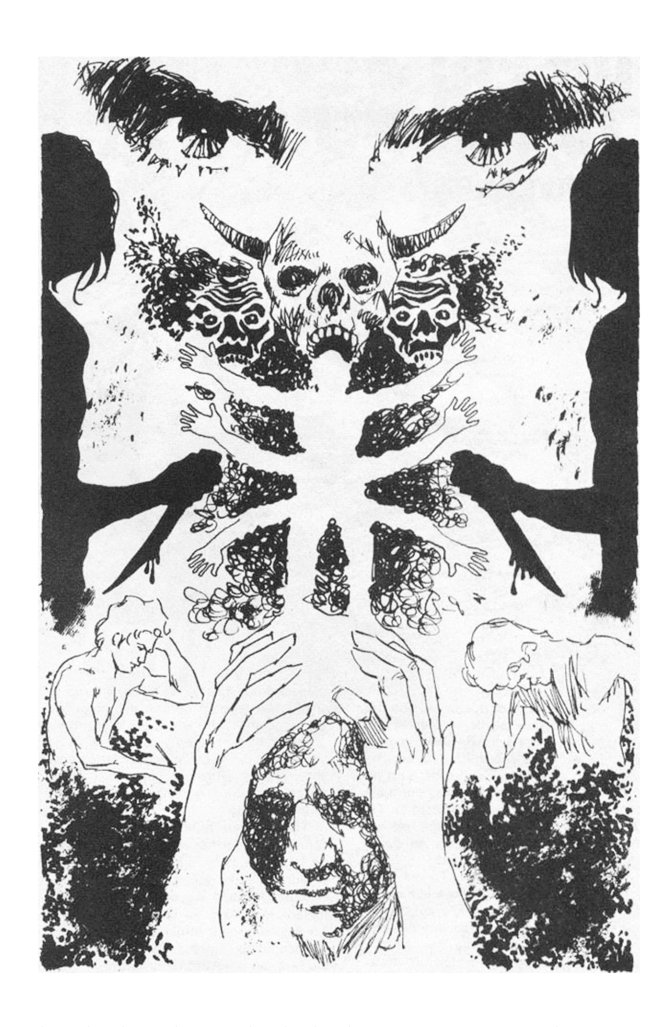
Tomé unas cuartillas y un bolígrafo. El teclear de la máquina hubiera turbado aquel prodigioso silencio. Encendí un cigarrillo. Y empecé a escribir:

"Su nombre no importa. Le llamaremos Tú por denominarlo de algún modo. Es alto y fuerte, incluso hermoso. Todo lo que de perfecta pueda concebirse una criatura material. Espiritualmente, no se le puede exigir nada, pues carecerte todo: de inteligencia, de memoria, de voluntad. Una descripción formal, sin fondo; un cuerpo sin alma; una fachada sin interiores. Eso es Tú. Eso. ¿Quién se atrevería a darle acepción personal, masculina o femenina? El neutro, sin duda, cuadra más en él. Pero Tú existe, está ahí. Sin ningún atributo anímico, es cierto; con una existencia auténtica, verdaderamente. Y, por consiguiente, sin conciencia."

Las palabras fluían con celeridad sobre el papel. Jamás pensé que pudiera escribirse tan de prisa, al dictado de los pensamientos. Y así era.

Poco a poco mi personaje quedó totalmente dibujado. Ningún detalle escapaba a la descripción. Y aquella criatura, sin lagunas formales de ninguna especie, nació para mi desgracia.

Tal vez Tú es patrimonio exclusivo de mi imaginación. Pero, ¿qué importaba esta apreciación? ¿Acaso no cabe la posibilidad de que cuanto vemos, olemos, saboreamos y tocamos solamente sea producto de nuestra mente? ¿Hasta qué punto el color verde que yo veo es el mismo que tú aprecias? ¿Es similar el sabor que siento yo que el que sientes tú al comer de una fruta idéntica? Cuando olfateamos una flor, ¿sentimos igual aroma? ¿Percibimos sensaciones parejas al acariciar tú y al acariciar yo?



Si alguno está convencido de la identidad de los actos sentidos, que levante la mano y nos lo demuestre.

Quizá vosotros no creáis en Tú. Pero, para mí. Tú existe como yo mismo existo. Lo he creado yo. Me hubiese gustado hacerlo a mi imagen y semejanza, pero la divinidad me es ajena y no puedo obrar milagros. Por eso. Tú ha sido creado con esas limitaciones. Por eso, Tú resulta ser tan sólo un personaje, una idea en mi imaginación de una noche de miércoles a jueves, en la soledad de mi despacho, en el frío del invierno.

Ese es Tú. Un ser cierto que, poco a poco, ha tomado su fuerza, su personalidad, arrastrando a su autor con un dominio absoluto contra el que nadie se puede revelar. Porque yo, solamente yo, hubiese podido dominarlo. Pero, antes; ahora, no.

Fijaos en las descripciones que los escritores hacen de sus personajes. Apuntan sus seres de la fantasía, los sugieren, y nunca, nunca, los terminan, los concretan, los puntualizan. Y ese ha sido mi error: terminarlo, concretarlo, puntualizarlo. De ahí el nacimiento cierto de Tú. De ahí su realidad completa en mi mente. De ahí su autonomía, su dominio, su fuerza, su personalidad.

Tras el nacimiento de Tú ya nada puedo hacer para que vuelva a la nada de donde nació. Y nadie puede ayudarme. Por lo que vivo mi tragedia en esta soledad, ausente del mundo, sólo controlado por el poderoso Tú, todo materia, ausente el espíritu.

Y Tú no tiene conciencia. Sólo un insaciable afán de dominio que únicamente puede ejercer sobre mí, porque para él no existe nadie más que yo, como tampoco para los demás existe él.

Y me dominó por completo, totalmente. Se adueñó de mi casa vacía, me tuvo por esclavo, abandonado en un rincón de la vivienda, sujeto a sus alardes dominadores. Únicamente me ha permitido escribir —lo que me supone todo un gran alivio en este macabro cautiverio—, pues él no comprende que pueda encontrarse placer en esto de trazar garabatos sobre unos papeles.



Llevo cuatro días sin comer ni beber. De vez en cuando, Tú ha caído sobre mí golpeándome brutalmente. Mi cuerpo se encuentra lleno de heridas y moraduras. En la cocina halló un cuchillo grande y puntiagudo; con él, en esos momentos de ira dominadora, me pincha y corta a su antojo. Salpico sangre por varios sitios. Quizá, por ello, encontréis emborronadas estas cuartillas.

Han llamado reiteradamente por teléfono y hecho sonar varias veces el timbre de la puerta, pero ni he podido contestar ni abrir. Puede que crean que no estoy en casa. Mañana regresa mi familia. Me hallará muerto y en lamentable estado. Lo siento por mi mujer y por mis hijos. Lo demás no importa. Sé que mi sacrificio será tan doloroso como inútil.

Lo consideraré menos inútil y doloroso si estas cuartillas son leídas por vosotros. No por nada. Simplemente porque puede contribuir a esclarecer unos hechos. Y todo cuanto se haga por alcanzar la verdad parece útil y placentero. Lo malo es que temo contribuir a vuestra confusión.

* * *

Pienso que no me quedan ya minutos. Como mucho algún segundo. Siento cómo se acerca Tú, con el cuchillo largo y fino, con su poderosa fuerza, con su extraordinaria pasión de dominio; sin inteligencia, sin voluntad, sin memoria, sin conciencia...

Mañana encontraréis un cadáver extraño en el rincón de una vivienda. Un cuerpo inerte, lacerado, maltratado... Quizá lleve un cuchillo clavado en el corazón, pero os preguntaréis cómo tuvo fuerzas para introducirse en el pecho la hoja de acero y no sabréis responderos. Y es que, en la casa, no hallaréis a nadie, ni huellas de nadie, porque Tú desaparecerá conmigo, ya que solamente existió para mí y nunca fue para vosotros.

Disculpadme. Ya no puedo escribiros más. Ha llegado Tú y, con él, un destino implacable.

Al martes siguiente, entre grandes titulares y largas crónicas deportivas, los periódicos publicaron un pequeño recuadro en el que se leía:

"**EL ESCRITOR RIVELLPRAT MUERE EN EXTRAÑAS CIRCUNSTANCIAS**. —En la mañana de ayer, la familia de Rivellprat, que regresaba de unas cortas vacaciones, encontró en un rincón de su domicilio particular el cadáver del escritor, en lamentable estado, muerto en extrañas circunstancias. Entre sus despojos, fue hallado un escrito en el que el finado trataba de explicar el proceso de su muerte; su redacción, lejos de aclarar nada, confunde todavía más a los investigadores."

LA CASA ENCANTADA

UN RELATO DE MIEDO

Autor desconocido
Publicado en leyendas de América año 1 nº 7
30 de junio de 1979
Editorial Novaro

Una joven soñó una noche que caminaba por un extraño sendero campesino, que ascendía por una colina boscosa cuya cima estaba coronada por una hermosa casita blanca, rodeada de un jardín. Incapaz de ocultar su placer llamó a la puerta de la casa, que finalmente fue abierta por un hombre muy, muy anciano, con una larga barba blanca. En el momento en que ella empezaba a hablarle, despertó. Todos los detalles de este sueño permanecieron tan grabados en su memoria, que por espacio de varios días no pudo pensar en otra cosa. Después volvió a tener el mismo sueño en tres noches sucesivas. Y siempre despertaba en el instante en que iba a empezar su conversación con el anciano.

Pocas semanas más tarde la joven se dirigía en automóvil a Litchfield, donde se realizaba una fiesta de fin de semana.

De pronto tironeó la manga del conductor y le pidió que detuviera el automóvil. Allí, a la derecha del camino pavimentado, estaba el sendero campesino de su sueño.

—Espéreme un momento —suplicó, y echó a andar por el sendero, con el corazón latiéndole alocadamente. Ya no se sintió sorprendida cuando el caminito subió enrocándose hasta la cima de la boscosa colina y llegó ante la casa cuyos menores detalles recordaba ahora con tanta precisión. El mismo anciano del sueño respondió a su impaciente llamado.

—Dígame —dijo ella—, ¿se vende esta casa?

—Sí —respondió el hombre—, pero no le aconsejo que la compre. ¡Esta casa, hija mía, está frecuentada por un fantasma!

—Un fantasma —repitió la muchacha—. Santo Dios, ¿y quién es?

—Usted —dijo el anciano, y cerró suavemente la puerta.

